

Autor: Abilio Ayuso

MIS AMORES

Ilustrador Ronny Bravo



Era un hombre de recursos, que lo conseguía todo... menos un **+14** amor verdadero, así que finalmente hizo como Gepetto con Pinocho, se fabricó uno con la remota esperanza, de que al igual que en el cuento, ese amor de madera se convirtiera en uno real.

Dicen que afortunado en juego y dinero, desgraciado en amores, y en mi caso se cumple con exactitud.

Ya de por sí, me ganaba bien la vida como director financiero, hasta que me tocó una cantidad loca en uno de esos sorteos millonarios.

Como mis padres habían muerto en un accidente y no tenía hijos, nadie se enteró del acontecimiento, dejé mi empleo con una excusa, y me dispuse a utilizar aquella fortuna con sabiduría.

En mi trabajo tenía buen olfato, cuando aconsejaba algo a mis jefes sino me hacían caso acostumbraban a fracasar.

Curiosamente, a pesar de la experiencia, en bastantes ocasiones ignoraban mis consejos, pero al producirse el fiasco les entraba un repentino ataque de amnesia y olvidaban que yo se lo había advertido.

Pero ahora era libre de tomar mis propias decisiones y no me costó demasiado tiempo triplicar mi fortuna, consiguiendo declarar a Hacienda, solo una décima parte de los beneficios.

A pesar de mi riqueza, mi vida no era nada ostentosa, entre otras razones porque en mi profesión anterior, al tratar con gente adinerada, me habían parecido, en general, estúpidos y fatuos, por tanto prefería el contacto con gente de clase media, y no quería parecer el rico entre los humildes.

Tuve la suerte de haber heredado de mi abuelo una enorme masía en ruinas con todo el terreno de una pequeña colina a su alrededor, tampoco comenté el hecho con nadie.

No tuve dificultad en obtener una licencia de obras de rehabilitación, contacté con artesanos de la madera y la piedra, tomé ideas de revistas especializadas y la convertí, no en lo que había sido, sino en lo que idealmente podía haber sido.

Nivelé el terreno alrededor, alzando un sólido muro de piedra, que tenía un metro de altura por el lado de la casa y más de cinco por fuera.

A través de él, unos portones de hierro macizo conducían al garaje subterráneo.

Hice construir la profunda bodega con techo gótico que la casa nunca había tenido, y en lugar de piscina, que hubiera quedado como a un santo dos pistolas, un precioso estanque-alberca en piedra y cerámica italiana, que hacía las veces de piscina sin romper el conjunto.

En el jardín, un enorme depósito subterráneo de gas propano aseguraba calefacción, agua para baños y cocina durante un año seguido sin reponer, aunque fallara la electricidad.

Hice que una enorme chimenea presidiera el salón, otra menor la cocina, con horno de leña incluido, otra más en mi habitación y otra en el estudio.

Una vez acabadas, nadie hubiera dicho que no tenían cien años.

Respeté la vegetación en la medida de lo posible añadiendo algunos árboles emblemáticos ya crecidos, como un enorme olivo con siglos de antigüedad.

Un sistema automático de riego, bien programado, me permitía despreocuparme del clima.

Anduve con mi destartelado todo-terreno por pueblos donde se celebraban las típicas descargas de granero, y fui comprando puertas, ventanas, muebles, ornamentos, un carro, cerámica, antiguos aperos de labranza, etc.

Cuando acabé con el último detalle, parecía una preciosa casa antigua, muy bien conservada, no daba en absoluto la impresión de que la mayor parte de la construcción era nueva.

Entonces comuniqué a todos mis amigos y conocidos que había heredado una masía de mi abuelo y me mudaba a vivir allí.

Invité a la gente por grupos, porque las multitudes siempre me han agobiado. Todos dijeron que había tenido mucha suerte heredando aquella finca, un poco antigua y aislada tal vez, pero a mi gusto.

Sin embargo, mis éxitos en lo financiero no acompañaban las relaciones con el sexo opuesto.

Tal vez el problema consistía en que yo era persona de buen gusto, incluso exigente tal vez, y el tipo de mujer que me cautivaba era aquella que justamente no se sentía atraída por mí.

¿Por qué?, no estoy seguro, yo no era feo, pero tampoco era “chulo”, mi aspecto era más de monje franciscano que de rockero, tenía aire de buena persona y además lo era, aunque sin pasarme. Mi carácter, aunque alegre era más bien tranquilo.

En general, me daba cuenta de que al tipo de chica que me encantaba, le gustaban más “malotes”, con más marcha tal vez.

Posiblemente un tipo de hombre con grandes probabilidades de hacerlas desgraciadas a la larga.

Había visto varios ejemplos, y para mí, ellas eran como mariposas nocturnas que son atraídas irresistiblemente a la llama.

Evidentemente yo no pensaba tratar de modificar mi carácter ni apariencia un solo ápice, en principio por una cuestión de amor propio y en segundo lugar porque los papeles falsos se notan, y aunque no sea así, no pueden mantenerse indefinidamente.

Estoy convencido que, con solo hacer ostentación de una cuarta parte de mi posición económica, hubiera tenido que quitármelas de encima a bofetadas, pero me horrorizaba que una mujer estuviera conmigo por ese motivo.

Para mí eso era como un acto de prostitución y hería mi dignidad, además por nada hubiera querido perder mi estatus de: “Millonario que nadie sabe que lo és”.

Tampoco podemos decir que yo fuera un intransigente, que si no consigue la mujer diez no quiere nada, me conformaba con segundonas, que curiosamente, fallaban más en el carácter que en el aspecto físico.

Mi ideal era una mujer inteligente pero buena persona (Cualidades que rara vez van juntas), deportiva pero con un toque de feminidad, sin caer en la cursilería, ni zorra ni santa, con espíritu inquieto pero sosegado a la vez, y una cierta cultura, capaz de ver una ópera en París, o viajar a la selva amazónica.

La parte física estaba muy condicionada a la espiritual, me gustaba un rostro dulce, pero no bobalicón, cintura estrecha, cuerpo musculado, sin perder la feminidad, y nalgas y pecho rotundos, pero nunca excesivos ni flácidos, la estatura no importaba mientras hubiera proporción en las formas, el sobrepeso me repelía, porque lo asociaba a debilidad de carácter, vicio o falta de inteligencia.

A mis cuarenta años, había tenido varias parejas, tal vez ninguna había logrado esclavizarme porque, aunque totalmente sano, era estéril, por tanto, no me habían podido chantajear mediante un hijo.

La actual, no era fea, pero si un poco bobalicona, éramos novios y vivíamos cada uno en su casa, porque ella decía necesitar el ambiente de su ciudad, y yo en mi masía estaba en el paraíso.

Nos encontrábamos en el inicio de la Semana Santa, el sábado antes del domingo de ramos. Ella tenía minivacaciones durante esa semana, y yo evidentemente me podía tomar los días que quisiera, por tanto podíamos disfrutar de diez días enteros para nosotros.

Había logrado convencerla para viajar por el norte de España: San Sebastián, Santander, Asturias, me había molestado en reservar hotelillos y hostales con encanto, e informarme de todo lo que valía la pena ver en la zona.

Era sábado por la mañana, me encontraba con las maletas dentro de mi modesto cochecito (Pero con una mecánica impecable), aparcado junto a una de esas plazas duras, casi un descampado de cemento, donde apenas había una minúscula marquesina, correspondiente a la parada de autobuses de línea, y una cabina telefónica.

Llegué con tiempo para esperar al primer, y único autobús de la mañana, en el que debía llegar mi novia, desde allí tomaríamos la autopista rumbo a Santander.

Puede parecer poco caballeroso que no fuera a recogerla a su casa, pero habíamos quedado así para no gravar los seiscientos kilómetros que yo tenía que conducir, con cien y cien más de ida y vuelta.

Había llegado con tiempo sobrado, así que me apalanqué en mi asiento, puse música, y dejé a mano un enorme paraguas, porque el tiempo estaba realmente amenazador.

Contra lo que suele ser habitual, el pronóstico meteorológico para los próximos días era: Sol en la cornisa cantábrica y aguaceros y tormentas en la costa mediterránea, así que el viaje estaba perfectamente escogido.

Al cabo de unos minutos llegó una chica, cargada como un buhonero con bolsas, una enorme mochila y hasta una caja de cartón.

Se sentó con sus trastos, como una refugiada, en el banco de la marquesina.

Normalmente acostumbremos a fijarnos en aquellas cosas que, siendo nuestro hobby, no poseemos.

Al forofo de los coches se le van los ojos detrás de un deportivo tratando de calcular su cilindrada y su velocidad punta. A mí se me iban los ojos discretamente detrás de las chicas que aparentaban ser mi ideal, y aquella era una de ellas.

Evidentemente, igual que yo, esperaba el autobús de línea, que finalmente llegó con absoluta puntualidad.

Salí del coche y, a la vez que aquella muchacha, me puse frente a la puerta de salida.

Enseguida me di cuenta de que mi novia no estaba entre los escasos pasajeros, lo cual era un gran contratiempo, porque en aquella línea no había otro autobús hasta la tarde, así que, si lo había perdido, tendría que “chuparme” los doscientos kilómetros para ir a buscarla, lo cual ya me puso de muy mal humor.

En caso de viaje, hay que ponerse dos o tres despertadores si hace falta, y si es tarde salir sin desayunar y sin peinarse, que ya habrá tiempo luego.

Me introduje como un relámpago en la cabina telefónica, marqué el número que ya sabía de memoria, y preparé lo que constituía una de mis manías, una pequeña grabadora casete, apenas mayor que un paquete de cigarrillos y un minúsculo micrófono que colocaba junto al auricular del teléfono, eso me permitía luego, en el radiocasete del coche, analizar cualquier detalle que se me hubiera escapado, además evitaba que posteriormente me dijeran, no, yo no te dije esto, sino aquello.

Mientras sonaba el timbre, vi a la chica de los paquetes tratar de localizar infructuosamente la persona que esperaba.

Tardaron bastante en contestar, era mi novia, le pregunté qué sucedía y me contestó dubitativa, que no podía venir porque su madre se había puesto enferma, Etc....

Se notaba a la legua que era una excusa, porque no era lo bastante lista ni para mentir, además se oía algún tipo de cuchicheo de fondo, lo cual hizo que mi mal humor subiera diez puntos, sin embargo corté la conversación con toda amabilidad, diciendo que era una lástima que se perdiera las vacaciones, que deseaba que su madre se repusiera, que no se preocupara por mí y que ya hablaríamos pasado el puente.

Salí bruscamente de la cabina, me metí en el coche, rebobiné el casete para oír la conversación, lo inserté en el aparato del propio vehículo, y puse el volumen de los altavoces al máximo.

La voz de mi novia se oía como un chirrido atronador, pero entre sus frases los cuchicheos tomaban forma.

Eran de varias chicas entre las que creí distinguir alguna de sus amigas, no se percibía todo lo que decían, pero sí lo suficiente: “Dile que nos vamos a

Sitges ja, ja, ja”, “Que prefieres ir de marcha con tus amigas”, “Para la sosez de viaje que había preparado”, “Que se busque otra”.

Apagué la radio y me desconecté del asunto, curiosamente sentía una extraña mezcla de rabia y alivio respecto a que me hubiera plantado porque, aunque es bonito tener una mujer que comparta tu cama, la compañía de una tontita rebaja el placer de unas buenas vacaciones.

Me fijé en que la desconocida, se había metido en la cabina y parecía hablar con verdadero enojo, al final colgó furiosamente, volvió a sentarse en la marquesina y me pareció ver como sollozaba. “A esta también la han plantado”, me dije para mí mismo.

Para postres se desató el aguacero que amenazaba, acompañado de unas tremendas ráfagas de aire, dejando a la pobre chica sitiada en la marquesina con todos sus paquetes; allí dentro se mojaba, pero si trataba de llegar a donde fuera, con aquel diluvio se pondría hecha una sopa y la caja de cartón se le desharía al mojarse.

No pude por menos que pensar que, aunque nuestra posición sea mala, siempre hay alguien que está peor, por lo menos yo estaba calentito dentro de mi coche.

Aunque no soy persona de impulsos, en aquella ocasión seguí uno, tomé el enorme paraguas, salí del coche, y en dos zancadas me puse delante de ella que aún lloraba, se sorprendió al verme.

Sin más preámbulos le solté: “¿A ti también te han plantado verdad?”, y sin dejarla responder: “Pero tú lo tienes peor porque te vas a poner hecha una sopa con todos tus paquetes, pienso que quienes comparten la desgracia deben ayudarse, sube al coche y te llevo a donde sea, y... Tranquila que soy de fiar”.

Sin esperar respuesta tomé con una mano el bulto que aparentaba pesar más y con la otra traté de taparla con el paraguas, abrí la puerta trasera del coche y casi en plan militar le dije: “El portamaletas está ocupado, los bultos al asiento de atrás y tu delante”.

A pesar de la rapidez nos habíamos mojado, así que se agradecía el aire de la calefacción, ella esbozó una sonrisa y me dijo: “Gracias, realmente estaba desesperada”.

“Las penas con pan son menos”, Añadí yo.

Quise certificarle que no era ningún rollero, aunque realmente, sino me habían plantado, ¿Qué demonios hacía yo allí?, así que le dije: “Pensarás que a ti que te importa, pero te comparto mi desgracia, para que me digas si tengo o no razón. Está es la conversación telefónica con la que hace cinco minutos era mi novia, disculpa que ponga el casete muy alto para que se oigan las voces de fondo”.

Lo escuchó atentamente y al acabar dijo espontáneamente: “Que zorras son algunas tías... Y tíos también”.

Le sonreí y dije, “Bueno, ya que estoy licenciado, por lo menos puedo hacer una buena obra, dime donde te llevo”.

“Mira la verdad es que... Con toda sinceridad, no tengo a donde ir”.

“¿Te han echado de casa?”.

“No, me he ido yo porque estoy hasta los huevos, que no tengo, de mi madre y mi padrastro, así que había quedado con mi novio, que me iba a vivir con él, y el cabrón me planta y me dice que se lo ha pensado bien, que es una decisión muy precipitada y tenemos que pensarlo, y sabe que estoy en la puta calle con todas mis cosas, ni siquiera me dice: Ven a casa hasta que encuentres algo, ahora que he dado el portazo no puedo volver con mi madre, ni aunque tenga que mendigar, y encima esta puta lluvia que la odio, estropea lo bueno y hace insoportable lo malo”.

Con esta última frase se le habían vuelto a saltar las lágrimas y había hecho que a mí se me enrojecieran los ojos. Sin pensar que podía parecer atrevido, le cogí una mano, la miré a los ojos y le dije: “Todo depende del donde, como y cuando, en según qué lugar, esta lluvia puede ser preciosa”.

“No me lo creo ni harta de vino”.

“Pues la velocidad se demuestra andando, te juro por mi alma que hay un bar súper agradable, donde esta lluvia te va a parecer genial, así que, en vez de estar aquí lloriqueando, te llevo, tomamos algo tranquilamente y luego ya veremos lo que hacemos”.

Sin pedirle autorización puse el coche en marcha y me dirigí hacia el paraíso prometido.

Yo jugaba con ventaja, porque si no conoces Calabanyes en Lloret de Mar, siempre te sorprende.

Es un precioso bar con sillones confortables, cuya pared trasera es la roca viva de la montaña, con plantas multicolores en sus huecos, el resto de las paredes y techo son de cristal.

Delante tiene un precioso jardín en cascada que acaba en el mar, y en esa preciosa cala de la Costa Brava, no hay más que ese bar, siempre ambientado con música tranquila y con una chimenea de cristal en mitad de la estancia.

Descendí por la empinada cuesta hasta el aparcamiento trasero que casi nadie conoce, el cielo nos dio un respiro de dos minutos, para volver a llover furiosamente en cuanto entramos.

No había público, porque con aquella tormenta, el sendero peatonal de la costa era casi impracticable.

Un camarero atento recogió nuestro paraguas. Acomodé a mi compañera y le dije suavemente al barman: “Venía con la ilusión de tomarme, junto a la chimenea, una de esas estupendas sangrías de cava que hacéis, pero veo que está apagada”.

Sonrió y dijo amablemente: “Eso lo arreglamos en un minuto”.

En diez minutos ardía un hermoso fuego en la chimenea de cristal, y la sangría de cava llegaba junto con dos copas a nuestra mesa.

A modo de excusa por no haberle consultado lo que quería tomar, le dije: “Es la especialidad de la casa, y si la pides te encienden la chimenea”.

No sé si coló, pero ella respondió probando la bebida: “Entonces vale la pena, ¿Qué contiene?”.

“Elixir anti-desilusiones con un toque de mata-penas”.

“Pues tendré que beberme la jarra entera”.

“No por Dios, que yo también lo necesito, además, en esto, como en toda medicina, existe una dosis recomendable”.

Brindamos: “Por los desengaños”.

“Eso”.

Y me presenté: “Me llamo Cesar, y a partir de esta mañana estoy soltero y sin compromiso”.

“Me llamo Cristina, y a partir de esta mañana, estoy soltera, sin compromiso y sin techo”.

Le di un par de besos en las mejillas, como si acabaran de presentármela, y le dije: “Encantado de conocerte Cristina”.

Luego le expliqué: “Ahora hemos de tener mucho cuidado, porque un desengaño así es como el sida, que no mata, pero debilita tanto las defensas que mueres de un simple resfriado, además estás negativo y no eres capaz de ver las posibilidades que se abren ante ti, es como si tuvieras un velo negro delante”.

Yo normalmente, frente una chica como aquella, de las que realmente me gustan, hubiera sentido una cierta timidez, pero el hecho de verla tan destrozada me hacía crecerme.

Continué mi discurso: “Te voy a contar una pequeña fábula: Dos carreteros habían recibido sendos encargos de llevar un baúl a un marqués, pero llegando a un punto a uno se le partió el eje principal y se le destrozaron las ruedas, y al otro se le cayó muerto repentinamente el caballo.

Si no cumplían el encargo a tiempo, no solo no cobrarían, sino que seguramente el marqués les castigaría.

Así estaban los dos blasfemando a gritos contra su mala suerte, cuando un viejecillo que pasaba por allí les dijo: ¿Por qué en lugar de gritar tanto, no engancháis el caballo sano en el carro entero, cargáis los dos baúles y vais juntos a hacer la entrega?.

Miraron asombrados al viejecillo, se miraron entre ellos, y sus rostros se iluminaron. En cinco minutos estaban trotando con el par de baúles a casa del marqués”.

Ella sonrió y contestó: “Una historia muy bonita, Pero luego... ¿Que hicieron con un carro de uno y caballo de otro?”.

“Seguir colaborando, con el dinero que les pagaron por la valiosa entrega, compraron piezas de recambio y un caballo. Entre los dos les fue más fácil arreglar el carro roto y cargar el caballo muerto para llevarlo al matadero donde algo les dieron por él”.

Después de una breve pausa para beber, continué mi discurso.

“Ahora traslademos esta moraleja a la actualidad: Yo pensaba ir, con la cerda de mi exnovia, al norte de España, donde hay previsión de buen tiempo”.

He reservado y pagado hoteles, tengo un coche y dinero suficiente para pasar unas buenas vacaciones, pero solo no pinto nada, ¿Con quién voy a comentar lo que vea?, ¿Con quién voy a compartir los chuletones y las mariscadas?.

Sin embargo, tú estás aquí sola, sin saber qué hacer y a donde ir, ¿Por qué no me acompañas?, sin compromiso, no te voy a pedir que seas mi novia, sino una amiga, o una hermana si quieres”.

Ella se quedó un momento pensativa y luego contestó: “Pero eso no arregla mi problema, solo lo pospone, porque se acaban las vacaciones ¿Y qué pasa?”.

“Pues pasa como con los carreteros, que seguimos colaborando, tengo una casa enorme y muy confortable en una preciosa zona rústica, y gano lo suficiente como para mantenernos a los dos. Si en diez días no acabamos hartos el uno del otro, te afincas en mi casa, como amiga, como pareja...”.

“O como hermana”, me cortó ella el hilo.

“Exacto o como hermana”.

Dudó un rato y al final me dijo: “Hay algo en todo esto que no me gusta”.

¿El qué?.

“Para vivir en el campo, cosa que me encantaría, tengo que dejar mi trabajo, aunque es una mierda de trabajo, y tengo un cabrón de jefe que me putea, y siempre me está diciendo: Sino te gusta ya sabes dónde está la puerta”.

“Pues déjalo y a hacer puñetas”.

“Ya pero entonces vivo a expensas de ti, a la sopa boba”.

“Nada de eso, si viene un pintor y me pinta la casa no le estoy regalando el dinero, tu darías muchísimo más de lo que pudieras gastar”.

“¿Tendría que pintarte la casa?”.

“Si, pero de alegría, de amistad, de compañía”.

“¿Y no nos acabaríamos aburriendo allí solos?”.

“No tendríamos tiempo, ¡Tengo pendientes tantas cosas que hacer!, por no tener la compañía adecuada”.

“¿Cómo qué?”.

“Esquiar en los Alpes, bucear en los atolones de Polinesia, descubrir rincones de París, recorrer Tailandia, y muchísimos proyectos más”.

“Parece de cuento de hadas, pero a veces la teoría es una cosa, y la practica....”.

“Lo que pasa es que estamos anticipando acontecimientos, vámonos a Santander y dentro de diez días decidimos”.

Diciendo esto me puse en pie y le alargué la mano, ella la tomó, se levantó y me dijo: “Por lo menos he de reconocer que la primera experiencia ha sido positiva, tenías razón, este sitio bajo la lluvia es precioso, pero... Por cierto, ¿Qué haremos con todos mis trastos?”.

“Pararemos en el primer sitio que no llueva y reorganizaremos todo, dejaremos en el asiento de atrás dos maletas con la ropa que subiremos al hotel, y en el portaequipajes acomodaremos los trastos innecesarios”.

Pagué, di una buena propina y nos pusimos en marcha, había que reponer el tiempo perdido, así que, al mediodía, mientras yo repostaba combustible ella compraba bocadillos y cerveza que consumimos en el camino.

Nuestra conversación era agradable y animada, ya no era la chica llorosa que había conocido.

Normalmente llevo la mano izquierda en el volante y la derecha en el cambio de marchas, en un momento dado puso su mano sobre la mía, y me dijo: “Gracias por todo, no sé qué hubiera hecho sin tu ayuda”.

Yo sonreí, pero por mi parte no tomé ninguna iniciativa.

Al cabo de unas horas de viaje le dije: “Por cierto, que no se me olvide, para tener un trato preferencial, he dicho en todos los hoteles que vamos el señor y la señora Alonso, recién casados”.

“¡Hostias!”, dijo ella como si le hubiera picado un escorpión, “Pero se notará que no, y nos darán una cama de matrimonio”.

“Tranquila, no tenemos por qué ser de esos babosos que se hacen arrumacos en público, y por la cama no te preocupes, tú a la izquierda y yo a la

derecha, o al revés. Si fuera con la idea de hacerte una mala pasada, igual podría intentarlo, aunque estuvieras en otra cama”.

“¿Y para cambiarnos de ropa, el baño y todo eso?”.

“Como si estuviéramos en una playa nudista, además, no me voy a quedar mirándote obsesionado, no es mi estilo”.

“Bueno... Mucho voy a tener que confiar en ti”.

“No te arrepentirás, soy lo que se dice un caballero”.

“¿Y los anillos?”.

“El tuyo te iba justo y lo hemos dejado para arreglar, y no iba a llevar el anillo yo solo, como si fuéramos un hombre casado y su amante”.

“Jolín, tienes respuestas para todo”.

“Es que soy muy listo”.

Al anochecer llegamos al parador, efectivamente era precioso, dejamos las maletas en la habitación y fuimos al puerto a comer una mariscada. Yo sabía de un local, que eran pescadores, tenían vivero, y restaurante, además cocinaban de maravilla.

Con solo un bocadillo en el cuerpo en todo el día, el buey de mar, las ostras, los langostinos, todo entraba de maravilla, acompañado de un vino blanco suave, afrutado y fresquísimo.

Cuando Cristina me dijo: “¿No pides agua?”.

Contesté: “Ni se te ocurra, con el marisco da diarrea”.

La conversación derivó hacia nuestros respectivos ex, pero esta vez en un tono de cachondeo total: “Ahora estarán bajo aquella tormenta”.

“Lástima de rayo que no les cae encima”.

“O de negro que no les da por culo”.

“¿Pues quién sabe?, al mío igual le gusta, porque últimamente lo notaba raro”.

“¿Sí?, cuenta, cuenta”.

“Se depilaba el cuerpo el señor”.

“¿Como una puta rana?”.

“Siii, como una puta rana”.

“Pues a la mía, como era tan pava, si la encula el negro diría: ¿Estás seguro de que se hace así?”.

“A ver, señor, ¿Si era tan pava, por qué estabas con ella?”.

“Porque no había encontrado una como tú”.

Entre el vino, los chupitos y la broma, teníamos que reprimir las carcajadas para no montar el número.

Llegamos al hotel tarde, aun riendo, y nos decíamos el uno al otro: “Chist..., que la gente duerme”, con lo cual nos volvía a entrar la risa tonta, de esa forma llegamos a la habitación.

Cuando ella se desnudaba para ponerse el camisón me dijo: “No me mires guarro”.

Yo me volví y contesté: “¿Pero estabas desnuda?, eso se avisa que no he podido darte el repaso”.

Más risas y “Chist...”.

“Rápido a la cama que viene el negro y nos da por culo”.

Nos acostamos dejando una pequeña lucecilla. Estábamos de lado, uno frente a otro, diciendo majaderías.

En un momento dado ella calló, me miró a los ojos, puso su mano detrás de mi nuca y me besó muy apasionadamente.

Aunque no lo esperaba le correspondí, y al cabo de un momento noté que estaba dando tirones para quitarme el pijama.

Su camisón voló por los aires y nos abrazamos, piel con piel, mis manos corrían sobre su cuerpo, hasta que, en un momento dado, ella se colocó boca arriba y tiró de mí.

No me hice rogar, me puse encima suyo e hicimos el amor como locos, luego nos quedamos dormidos abrazados, como si nos hubieran dado un mazazo.

Por la mañana, cuando el sol comenzaba a inundar la habitación, nos fuimos despertando.

Ella me miró, y con un mohín muy gracioso, me dijo: “Eres malo”.

“¿Yooo, por qué?”.

“Porque has abusado de mí”.

“Huy que jeta, te recuerdo que yo no te había tocado y me abrazaste, me besaste y me quitaste el pijama”.

“Si, pero estaba borracha”.

“¿Y yo que había bebido... Limonada?”.

“Si, pero tú eres el caballero y tenías que haberme dicho que no, porque estas cosas tienen que hacerse conscientes, y porque me podías dejar preñada o cualquier otra cosa”.

“Tranquila que todo tiene arreglo, estoy sanísimo, pero no soy fértil, con lo cual ni te puedo dejar preñada ni pegar ninguna enfermedad. En cuanto a lo de que ciertas cosas tienen que hacerse conscientes.... Tienes razón”.

y diciendo esto, la besé dulcemente y comencé a acariciar su espalda.

Me repitió: “Eres malo”, pero no me rechazó.

Al cabo de cinco minutos hacíamos el amor otra vez como fieras, ella gemía y pellizcaba fuertemente mi espalda a manos llenas, entonces yo abría más sus piernas con las mías y aumentaba al ritmo hasta hacerla enloquecer.

Al ser la segunda vez tardé muchísimo más en culminar, y cuando lo hice, de una forma brutal, pensé que a ella le acabaría sucediendo no sé el que, porque tenía los ojos en blanco, gemía, babeaba y temblaba como una posesa.

Al final nos quedamos como muertos uno encima de otro empapados en sudor, a pesar de que no teníamos encima ni una sábana.

Me puse a su lado y la tapé, ella sonrió y me dijo: “Estoy hecha un asco”.

“Vale, ¿Pues que te parece si nos duchamos?”.

“Buena idea, yo voy primero”.

“¿Qué dices de ir primero?, vamos juntos”.

“¿Juntos?, que vergüenza”.

“Estás loca, acabamos de hacer el amor una hora seguida y vas a tener vergüenza de mí”.

“Es diferente, así me ves toda desnuda”.

“Aclaremos las cosas, lo bonito es compartir todo, la única excepción es el váter, ¿Quieres renunciar al placer de que te enjabone la espalda, y todo el resto?”.

“¿Eso vas a hacer?, que emocionante”.

Los diez días pasaron como un sueño, parecía que todo nos venía de cara, el lunes de pascua abandonamos el hotel muy temprano y pusimos rumbo a Cataluña, llegábamos sobre las tres de la tarde, el buen tiempo tardío que hacía, propiciaba que la gente estirara el día, lo cual nos libró de la consiguiente caravana, no le di opción a que decidiera si quería vivir o no conmigo, porque a esas alturas era redundante.

A pesar de que le había hablado de mi casa, no pudo evitar la sorpresa: “Guau, que pasada, ¿Ya la heredaste así?”.

“Bueno, algún arreglillo sí que hice”.

“Solo veo un inconveniente, tú vas y vuelves en coche, pero ¿Y yo?”.

“Yo soy tu paje real y te llevo a donde quieras”.

“¿Y si quiero ir sola?”.

“Llamas un taxi del pueblo vecino y en diez minutos lo tienes aquí”.

“Y me cuesta un pastón y luego tengo que esperar a que venga el tren”.

“Nada de tren, el taxi te lleva directo a donde quieras y luego te recoge, y el pastón... Mañana iremos al banco, te daré firma en mi cuenta y una tarjeta de crédito para las compras y sacar de los cajeros”.

“Joder, que rápido lo solucionas todo”.

“Por supuesto pitusa, soy el solucionador de Mongolia, tu héroe”.

Evidentemente no le aclaré que en ese banco sólo tenía el dinero para vivir, comprar, viajar, pero que el grueso estaba en otras entidades e incluso en otros países.

No fue la desconfianza la razón principal para no explicárselo, sino que me seguía aterrando que se quedara conmigo sólo por mi dinero.

Una de las primeras cosas que Cristina hizo fue telefonear a su madre, que estaba francamente preocupada, solo reconocer su voz le soltó: “Hija, donde estás, ha llamado tu novio para ver cómo te encuentras, yo pensaba que estabas con él”.

“¿Ese gilipollas, no te ha dicho que ya no somos novios ni nada?, si vuelve a llamar le mandas a la mierda y le cuelgas, por cierto, voy a cambiar de trabajo, me han ofrecido algo mejor, así que no me llames a la oficina porque no estaré”.

“Pues dame el teléfono del trabajo y tu nueva casa”.

“Será el mismo, porque trabajaré de ama de llaves para una familia rica, pero de momento quiero quedar bien y que no piensen que abuso, así que ya te llamaré yo de vez en cuando. Otro detalle, mañana sobre las once vendré a recoger el resto de mis cosas”.

“¿Qué no piensas volver?”.

“Mientras estés con ese mastuerzo de marido no, además ya tengo treinta añitos, es hora de que levante el vuelo”.

Por la tarde estuvimos preparando la carta de despido para su jefe, una vez acabada, hicimos copias para todas las personas de cierta relevancia en la empresa, las pusimos en sobres muy diferentes, con distinto tipo de letra y formato, para dar la impresión de que cada sobre no tenía nada que ver con el otro, así garantizábamos que alguien, al leer la primera, no interceptara las demás.

A última hora hicimos el reparto, unas en el buzón de la oficina, otras en el del almacén y el de la fábrica, y la última al buzón de la torre del propietario, donde Cristina había tenido que llevar recados alguna vez.

Decía algo así:

Sr. Fuertes:

Durante este largo puente he reflexionado, acerca de los consejos que Ud. me da, y del poco caso que hasta la fecha he hecho de ellos.

Multitud de veces me ha dicho: “Pues si no te gusta, ya sabes dónde está la puerta, te largas y listo”, Y yo, a pesar de que no me gustaba, no le hacía caso y me quedaba.

Sin embargo, hoy sí que he decidido hacerle caso, porque realmente no me gusta, no me gusta usted, ni su sucia cara, ni sus malos modos, que hacen que todos sus empleados le odien y exista un ambiente de trabajo asqueroso que en definitiva perjudica a la empresa, no me gusta que exija a los otros más de lo que pueden hacer, mientras que usted holgazanea todo el día, no me gusta que no sepa dirigir y de ordenes inconexas, absurdas y contradictorias, pero eso sí, siempre de mala manera, no me gusta la forma en que mira a chicas que podrían ser sus nietas.

En definitiva, no le tendría yo de encargado en mi empresa ni aunque en lugar de cobrar, pagara por trabajar.

Por todo eso, y más que me callo para no extenderme, le hago caso y me largo, ¡Hasta nunca señor Fuertes!.

Con la miseria del sueldo que pueda quedarme por cobrar, autorizo a que lo usen para comprarle un manual de urbanidad, otro de psicología en el trabajo, y por último un bozal.

Firmado: Cristina García

Reíamos como locos al pensar en la jeta que pondría el energúmeno, no solo al leer la carta, sino al enterarse de que toda la empresa tenía una copia.

Me dijo Cristina: “Además como es un vago, se deja el correo en una gaveta y no lo abre hasta última hora de la tarde, pero no creo que nadie le avise, así que todo serán cuchicheos, risas y comentarios a su alrededor, y él sin saber de qué va”.

Al día siguiente desembaracé el todoterreno de cualquier cosa que no fuera imprescindible y fuimos a casa de su madre.

Hicimos equipo, Cristina bajaba cosas en bruto y yo las metía en bolsas o cajas que llevábamos preparadas.

Desde abajo oía a su madre soltarle un discurso sin parar.

Al acabar el último viaje siguió hablándole hasta la calle, al verme también comenzó a dirigirse a mí: “¿Usted ve normal, que mi hija se vaya sin decirme ni a dónde?, porque al fin y al cabo soy su madre, y una madre se preocupa...”.

Corté rápidamente el discurso: “Señora, yo soy un transportista y voy donde me mandan”.

Y dirigiéndome a mi chica: “Señorita, me sabe mal decirlo, pero le recuerdo que yo cobro por horas”.

“Por supuesto, aquí no hacemos nada, no es lugar para conversaciones, además mamá sino te has preocupado gran cosa de mí hasta la fecha, no es momento ahora que ya he cumplido los treinta”.

Subió de un salto al coche cerró de un portazo y nos marchamos sin más.

Por el camino comentábamos lo pasado: “Me ha hecho mucha gracia la ocurrencia que has tenido de presentarte como un transportista”.

“Es lo mejor, yo soy un mandao, a mí no me cuente nada”.

Unos días después, telefoneó mi exnovia, que aún no se había enterado de que lo era.

Por lo visto me necesitaba para que la llevara a no sé dónde, a hacer no sé qué, uno de esos rollos en que me usaba de chófer, de mozo de carga y hasta de pagano.

En un momento dado le pregunté por sorpresa: “¿Se ha curado ya tu madre?”.

Se quedó dudando unos instantes antes de reaccionar: “A..., si..., finalmente no fue nada grave, pero me sabía mal dejarla sola”.

Antes de que continuara le dije: “Pues espera que vas a escuchar una cosa muy graciosa”.

Con paciencia y ayuda de un técnico de sonido, había aislado los fragmentos en que sus amigas decían: “Dile que nos vamos a Sitges ja, ja, ja”, “Que prefieres ir de marcha con tus amigas”, “Para la sosez de viaje que había preparado”, “Que se busque otra”.

Les había dado sonoridad y eliminado los parásitos. Tenía un buen magnetofón preparado junto al teléfono, le conecté ese fragmento a todo volumen.

Al acabar se hizo un largo silencio, finalmente con voz temblorosa dijo: “No hagas caso, ya sabes cómo son esas”.

“Pues la verdad es que, si he hecho caso y he buscado otra, pero no una pava como tú, sino una tía chula, deportiva, guapa, cariñosa y que folla como una loba, y además está aquí viviendo conmigo, así que búscate otro ganso para los recaditos, y por cierto, dales las gracias a tus amigas por haberme abierto los ojos”.

Con voz lloricona me dijo: “No es verdad, me estás engañando, no te has ido con otra”.

Al oír la conversación Cristina se había acercado a mi lado, le dije en voz alta: “Cristina, dile algo a mi exnovia”, y le pasé el teléfono.

Se limitó a decir: “Hasta nunca zorra, que te den mucho por culo”.

Acto seguido colgó, y un poco preocupada me confesó: “Lo siento, igual me he pasado, pero es que la tenía atravesada”.

“¿Pasarte?, que va, has estado genial”.

Evidentemente, mi antigua novia nunca volvió a telefonar.

A partir de aquel día comenzaron los mejores cinco años que hasta entonces yo había podido vivir, ahora era cuando realmente disfrutaba de mi fortuna, aunque sin malgastar en idioteces.

Sin pretenderlo organizábamos la vida por trimestres, en cada uno de ellos incluíamos: un gran viaje, de uno e incluso dos meses de duración, una estancia deportiva esquiando en alguna de las mejores estaciones, o buceando en un atolón del Pacífico, según el tiempo y el clima, luego alguna semana cultural, para acudir a los mejores espectáculos y restaurantes.

Pero todo ello con buen criterio, después de un viaje exótico al culo del mundo, intercalábamos algo tranquilo y relajante, y siempre sin agobiarnos, sino podíamos ir a un sitio porque había mucha gente, íbamos a otro, y mejor en días de diario huyendo de caravanas y aglomeraciones.

En los viajes, si un lugar nos agradaba, prolongábamos la estancia o hasta podíamos repetir, aunque en general preferíamos conocer sitios nuevos.

Estaba convencido, de que con Cristina había tenido la misma fortuna que en su día tuve con aquella quiniela, porque en un entorno normal, ella nunca se hubiera encaprichado de mí, y nunca me hubiera permitido mostrarle como era yo en realidad, la pillé en su momento más bajo, tenía la sensación de haberme colado en el castillo de la princesa por la puerta de atrás, el portón de la carbonera que el fogonero se había olvidado cerrar.

Pero estaba dentro del castillo, y me había convertido en su príncipe. Aunque estaba claro que, tanto la quiniela, como ésto, son cosas que con mucha suerte suceden sólo una vez en la vida.

En una ocasión me preguntó: “No quiero ser indiscreta, pero algún día me explicarás como te ganas la vida para poder estar siempre de vacaciones”.

“No te preocupes que es honradamente. Soy lo que se llama un bróker, juego a la bolsa, o con valores inmobiliarios, pero en lugar de hacerlo como esos histéricos que la van siguiendo al minuto, y en un solo día han hecho siete cambios, yo soy de amplio recorrido, miro las cosas con más calma, una vez cada tres meses, cuando me reúno con mis abogados, analizo la situación, doy las órdenes de compra o venta que me parece, y hasta la próxima”.

“¿Y solo trabajando un día cada tres meses ganas lo bastante como para que vivamos como reyes?”.

“De momento sí, porque son muchos más los aciertos que los errores, pero algún día podría tener una racha de mala suerte”.

“Hooo... Y seré pobrecita, entonces diré aquello de: Que nos quiten lo bailado, y por cierto, ¿Puedo ayudarte en algo o compartir tus emociones bursátiles?”.

La miré seriamente y le dije: “Si hay algo que detesto es revolver mi vida privada con el trabajo, ahora, si una inversión sale rana, cuando vuelvo aquí contigo se me olvida todo. De lo contrario, estaríamos tú y yo comentando el qué y el porqué, y ya no me despreocuparía, sería detestable”.

“Bueno, pero nunca me digas que no colaboro en nada y vivo a tus expensas, o que tú decides porque al fin y al cabo todo se hace con tu dinero”.

“Te juro que nunca oirás semejantes majaderías de mis labios, además, ¿De qué sirve ganar dinero sino puedes usarlo como te place?, yo disfruto solo gastándolo contigo, sino es como tener un cochazo genial, pero sin combustible, tú eres mi combustible”.

“Huy que bonito”.

Nunca más me volvió a mencionar aquel tema.

Fue a partir de los cinco años que las cosas comenzaron a torcerse, daba la impresión de que estaba de vuelta de todo, que lo mismo que antes le encantaba ahora le aburría.

En nuestras relaciones sexuales, la encontraba tan desgana que había pasado a ser yo el que no las propiciaba, y si le preguntaba siempre había alguna excusa: “Es que no me encuentro bien”, era la más frecuente.

Otra novedad negativa eran sus ausencias, en los cinco años anteriores casi nunca había visitado a su madre, pero ahora lo hacía con regularidad e incluso se quedaba un par de días con ella.

Por otro lado comenzó a acudir con excesiva asiduidad a un salón de belleza, peluquería, a un gimnasio, etc. Cuando le proponía algún viaje, siempre encontraba alguna excusa para posponerlo, y si al final lo hacíamos, quería que fuera lo más breve posible, pero durante el viaje me daba cuenta de su desgana y su actitud, como si tuviera la cabeza en otra parte, así que en lugar de alargar el recorrido normalmente procuraba acortarlo.

Otro tema eran las disposiciones en efectivo que hacía de la cuenta del banco, no eran cantidades que a mí me pudieran preocupar, pero en los cinco años anteriores nunca las había necesitado porque pagaba todo con su tarjeta de crédito. Quise imaginar que estaba ayudando a su madre y no hice ningún comentario.

Por naturaleza no soy chafardero ni desconfiado, pero las evidencias de que algo malo sucedía se acumulaban.

Una tarde en que tomaba uno de esos larguísimos baños de sales, en los que ya no le apetecía mi compañía, no pude resistir la tentación de revisar su bolso.

En principio no vi nada extraño, pero luego me fijé que, entre la piel exterior y el forro, había una zona descosida, lo abrí con cuidado y en el fondo lo encontré.

Era un folletito de propaganda de una banda de música, un poco anticuado y hasta cursilón, en letras rojas al pie se podía leer: Orquesta River Plater.

En la foto aparecía un saxofonista con un traje de mal gusto, y una pinta macarrucesca, que a muchas mujeres les quita el sentido y a otras les produce asco.

No le hubiera dado mayor importancia, de no estar tan escondido, y principalmente, porque sobre la foto se podía leer con toda claridad, escrito en rotulador azul chillón: “A mi chochete Cristina, de su Peter”.

Estaba claro que un artista no llama “chochete” a una simple admiradora.

Rápidamente subí a mi despacho, hice varias fotocopias de buena calidad del folleto y volví a dejarlo todo como estaba.

Por primera vez en cinco años me sentía solo, pero con una soledad peor que si yo hubiera sido el único habitante de la casa, porque si estás completamente solo, siempre puedes albergar la esperanza de encontrar una bella desconocida que alegre tu vida.

En este caso Cristina se había convertido en el perro del hortelano que ni come ni deja comer. Es bien verdad que no hay peor soledad que la de estar mal acompañado.

Cuando una mañana de primavera me dijo que tenía que hablar conmigo, supe de antemano que habíamos llegado al final de nuestro recorrido, comenzó a decirme: “La verdad es que no sé cómo ha podido pasar, porque yo te quería mucho, pero sin buscarlo... Conocí a otra persona, y cuando quise darme cuenta ya no podía dar marcha atrás, y me sabía jodidamente mal, porque tú siempre has sido un hombre maravilloso conmigo, el mejor que conoceré nunca, pero esto es más fuerte, me he enamorado perdidamente”.

“¿Y por qué no me lo has dicho antes, en lugar de hacerme pasar esta temporada tan mala?”.

“Quería hacerlo, cada día me decía a mí misma: Mañana se lo diré, pero llegaba mañana y me faltaban las fuerzas, sin embargo, ahora ya no tengo más remedio”.

“¿Te ha puesto un ultimátum?”.

“En cierto modo, es músico y su temporada aquí ha terminado, mañana se marchan a tocar unos meses a Bilbao, y yo he de marcharme con él”.

Aunque para mí era un mazazo, llevaba mucho tiempo preparándome para recibirlo, aparenté serenidad y le dije: “Hubiera preferido perder un brazo

que a ti, pero es mejor que tengas que marcharte que no seguir viviendo como hasta ahora, además, si tú vas a ser feliz con él, me alegro por ti, porque a pesar de esta mala temporada yo no he dejado de quererte”.

Se abrazó a mí y estuvimos un rato dejando rodar las lágrimas, finalmente me separé y le dije con un ánimo que no sentía: “No llores más que mañana has de estar bien guapa, vamos a prepararlo todo”.

Seleccionamos solo lo que se quería llevar en un par de maletas, porque de momento, por lo visto vivirían en una pensión.

Busqué un guardamuebles y le alquilé una pequeña habitación privada con estanterías.

A primera hora de la tarde ya teníamos una compañía de mudanzas, con un furgón de buen tamaño y un par de hombres que nos ayudaron a empaquetar y a colocar todas sus cosas en las estanterías del guardamuebles.

Pagué tres años de alquiler por adelantado, le di la llave a Cristina y volvimos a casa.

Llamé un taxi, y mientras lo esperábamos puse en su mano un sobre cerrado con diez mil pesetas y una nota dentro: “Por si tienes algún contratiempo”.

“No merezco nada, pero gracias”.

De repente me miró y dijo: “¿Quieres que pase contigo esta noche y me marche mañana?”.

“Te lo agradezco, pero sería mucho peor”.

“Lo comprendo, ¿Y tú qué piensas hacer?”.

“Pues quien sabe, tal vez me marche unos años de peregrinación a la India”.

“Hablo en serio”.

“¿Y quién te dice que estoy bromeando?”.

“No claro, tu sabrás, pero con lo sibarita que eres, no te imagino haciendo penitencia en un monasterio”.

“La gente cambia, fíjate en ti misma”.

“Tienes toda la razón”.

Desde el muro contemplé como se alejaba el taxi, la seguí con unos prismáticos y al doblar la curva pude ver, a través de la ventanilla, que había abierto el sobre y estaba leyendo la nota, mientras se perdía en el bosque recité su contenido de memoria: “La mariposa nocturna, en el fondo sabe que la llama del farol acabará quemando sus alas y la destruirá, pero es tanta la atracción que ejerce sobre ella, que se acerca cada vez más, sin poderlo evitar, hipnotizada por el brillo mortal, hasta que yace carbonizada junto a sus compañeras que hicieron el mismo viaje.

Volar mariposas, vuestro destino es inevitable, lo que más lamento, es que fueras precisamente tú, quien encontrara la llama, porque merecías otro destino mejor”.

Si que estaba dolido, pero no exactamente como ella creía. Mi amor por Cristina se había ido envenenando con sus desprecios, y ahora me aliviaba el que hubiera desaparecido, igual que a quien le amputan un miembro gangrenado.

Mi dolor ahora era ácido y cínico. No aspiraba a tener la fortuna de poder volver a entrar por la carbonera en el castillo de una princesa, y aunque lo consiguiera, por muy príncipe consorte que fuera, vendría un maldito trovador y me la quitaría.

Era la hora de actuar. El hijoputa se llevaría mi chica, pero no mi dinero.

Busqué en su mesilla de noche, y efectivamente, la tarjeta de crédito no estaba. Como titular principal que yo era, denuncié su extravío y pasé un fax de confirmación.

Segunda cosa, fax para el banco en que ordenaba traspasar, el saldo íntegro de mi cuenta con Cristina, a otra exclusivamente a mi nombre, debía hacerse antes de que abrieran el banco en la primera hora de la mañana, en que trabajan, pero la oficina está aún cerrada.

Para no dejar nada al azar, aprovechando que tenía las señas particulares del director, donde le mandaba la cesta por navidad, le telefonee: “Hola Ramón, soy Cesar, perdona que te moleste en tu domicilio, simplemente es para informarte que mi pareja... Si, exacto, esa chica tan guapa que a veces viene por tu oficina, ya no está conmigo, y como casualmente se le ha olvidado dejar su tarjeta de crédito, la he cancelado y te he ordenado dejar la cuenta a cero antes de las nueve de la mañana.... Justamente, que cada palo aguante su vela, gracias por todo y perdona la molestia”.

Siguiente cosa: Pedir hora urgente para hacerme análisis y revisión médica exhaustiva.

A pesar de que últimamente no había tenido demasiadas relaciones sexuales con Cristina, quería asegurarme de que aquel macarruzo no le hubiera pegado cualquier mierda, y de paso ella a mí.

Un detalle más, cerrajero de urgencia para cambiar todas las cerraduras de la casa y los técnicos de la alarma para cambiar los códigos.

Al día siguiente sonó el teléfono a las nueve y diez de la mañana, era el director del banco: “Hola Cesar, simplemente decirte, que esa misma tarde intentaron comprar unas cuantas cosillas con la tarjeta, y no eran baratijas, y esta mañana me han llamado desde una sucursal de Pamplona, porque la señorita Cristina García, quería retirar veinte mil pesetas de la cuenta que estaba a cero, así que fuiste precavido, he puesto una anotación para que ni por un descuido dieran ni un céntimo a cargo de esa cuenta, porque sin la firma de los dos no puedo anularla”.

“Tranquilo Ramón, tendrás la firma de los dos, recuerdo que, para algo de un viaje, ella me firmó un par de hojas en blanco que luego no se usaron y están en mi caja fuerte, esta mañana tendrás una orden de cancelación firmada de puño y letra por los dos”.

Una hora más tarde me llamó la propia Cristina un poco nerviosa, parecía como si estuviera acompañada: “Hola Cesar, mira... Que me ha pasado una cosa, me olvidé en casa de mi madre el sobre con el dinero que me habías dado y entonces me di cuenta de que me había llevado por descuido tu tarjeta de crédito, y pensé, bueno de momento uso la tarjeta y ya se lo pagaré, pero me dijeron que estaba declarada como extraviada, y esta mañana ya estaba de viaje, y fui a sacar un poquito de dinero de la cuenta, nada, doscientas pesetas para llegar a Bilbao y me dijeron que no podía, ¿Sabes tu algo?”.

“Bueno, la tarjeta, al no verla en tu mesilla pensé se habría perdido, y la cuenta del banco, justamente aquella tarde me llegó un extracto con el nombre de los dos, pensé que no soportaría recibir a cada momento cosas que me recordaran nuestro pasado juntos, y le dije al director del banco que la cancelara”.

“A... Bueno y, ¿No puedes hacer que activen la tarjeta un par de días, luego yo ya te lo pagaría?”.

“No, lo siento, está anulada, lo único que podría hacer es solicitarte una nueva, que tardaría tres días en llegar aquí, pero ahora lo lógico es que sea tu novio quien te la pida”.

“Ya, claro... Bueno es que él no usa esas cosas”.

“Pues que te de dinero”.

“Ya, pero es que él ya está en Bilbao”.

“Bueno mujer, yo estoy seguro de que una chica tan guapa como tú, haciendo autoestop la llevarán a donde quiera, venga pues, adiós y buena suerte”.

Y sin darle más opciones colgué el teléfono mientras pensaba: “Doscientas pesetas, ¡Que distraída eres cariño!, se te han olvidado un par de ceros, y las compras de la tarjeta, total chucherías, un reloj de oro, una cámara de fotos y un traje de caballero, que te han negado, que pena amor, ahora ya vales menos para tu macarrilla”.

Al día siguiente, di de baja aquella línea telefónica y solicité una nueva, comuniqué el número a todas aquellas personas y empresas que me interesaban y solicité expresamente no aparecer en la guía telefónica.

Al cabo de una semana recogía los análisis, todos negativos, seguía sano como una manzana, eso me alegró el día y decidí ir a celebrarlo.

Era viernes por la tarde, aprovechando que estaba en la ciudad, me uniría a su muchedumbre, Pero... ¿Dónde iría un cuarentón largo como yo?, para las discotecas me veía mayor, y los salones de baile me parecían carcas, además siempre he odiado ir de ligue... Decidido, por lo menos me alegraría la vista, me habían dejado propaganda, en el parabrisas del coche, acerca de una macro sala de fiestas, con espectáculo, striptease, Etc.... En fin, una tapadera de burdel.

La verdad es que pagar por hacer el amor con una mujer siempre me había parecido asqueroso, pero eso no me impedía ir, mirar, tomar una copa y luego marcharme a cenar.

En este tipo de locales el ambiente es principalmente nocturno, lo cual, para mí era una ventaja, teniendo en cuenta que me agobian las masas, porque a esa hora había poco público.

Me senté en un discreto sofá, no muy cerca de la pista, donde unas bailarinas, contorsionistas, strippers ejecutaban sus números con un entusiasmo casi feroz.

Tuve que reconocer que eran muy guapas, pero sus atuendos a base de lencería picante, y sus movimientos insinuantes, que de tan exagerados resultaban groseros, me desanimaban más que excitarme, realmente no eran el tipo de chica con la que me hubiera gustado pasar la noche.

Estaba pensando en acabar mi copa de vermut y marcharme a una buena marisquería, cuando noté que unas manos ligeras masajeaban mis hombros de una forma amistosa, nada insinuante, como hubiera podido hacerlo una hermana.

No soy propenso a los sobresaltos, así que la dejé continuar, hasta que una voz femenina muy agradable me dijo: “¿Necesitas compañía?”.

Me volví lentamente para contemplar a mi interlocutora. No me defraudó, tendría unos veinticinco años y era preciosa, lo mejor es que iba vestida como si fuera una secretaria, o la vecina de enfrente, y tampoco llevaba esos maquillajes excesivos que tanto me desagradan, ósea que no parecía un putón, ni de lejos.

Sonreí y le contesté: “Depende de quién sea la compañía”.

“Bueno aquí tienes muchas chicas guapas”.

“Ya lo sé, pero no es el tipo de compañía que prefiero”.

“Si me dices que clase de compañía prefieres puedo intentar conseguírtela”.

“La tuya, por ejemplo”.

Se sentó a mi lado con una amplia sonrisa y me dijo alegremente: “Pues ya la has conseguido, me llamo Silvia”.

“Realmente encantado Silvia, yo soy Cesar”.

Llamé al camarero para pedirle una bebida, no es que pensara que estaba muerta de sed, sino que las chicas que están en uno de esos establecimientos, acostumbran a llevar comisión por lo que se consume en la mesa.

Suponía que pediría champagne francés o algo parecido, sin embargo, me sorprendió con un simple zumo de naranja.

Al cabo de un rato de conversación, me dijo: “¿Ves lo fácil que ha resultado, conseguir tus deseos?, en un momento has logrado la compañía que querías”.

“No exactamente, porque dentro de un rato cuando ya no estés conmigo me quedaré más frustrado que antes”.

“Te equivocas, esto no tiene por qué acabar aquí ni ahora”.

“Entonces perdóname si te hago una pregunta indiscreta: ¿Eres empleada del local?”.

“No, soy digamos... Autónoma, pago una cuota al mes para poder moverme libremente por aquí, y además no tengo comisión por las bebidas”.

“Vale, ahora entiendo por qué no has pedido champagne”.

Río la ocurrencia, “Tampoco lo hubiera hecho aunque tuviera comisión, primero por una cuestión de principios, y luego porque me apetece más una naranjada”.

Al llegar a este punto, le hablé con claridad: “Con toda sinceridad, no hubiera venido aquí ni atado, pero después de cinco años de convivencia, mi pareja se ha largado con un saxofonista de una orquestilla ambulante”.

“Pobre desgraciada, no sabe lo que le espera”.

“Puede que tengas razón, pero de momento el desgraciado soy yo. Me asqueaba quedarme en casa compadeciéndome de mí mismo. A razón de esto viene la siguiente cuestión: Necesitaría que me acompañaras todo el fin de semana, que hablaras conmigo, que comieras conmigo, que compartieras mi vida por lo menos hasta el lunes por la mañana”.

“¿En un hotel?”.

“Sería absurdo y cutre, tengo una casa preciosa, más acogedora que un hotel de cinco estrellas”.

Se quedó un momento pensativo, y yo añadí: “Una aclaración, soy sano de cuerpo y espíritu, no me gustan los numeritos raros, y puedes estar conmigo con plena confianza; además como entiendo tu prevención, dejaría una copia de mi carnet de identidad, con mis señas y teléfono, donde tu quisieras, y te ingresaría tu dinero por adelantado en un cajero”.

“Por eso no te preocupes, una de las cosas que aprendes aquí es de quien te puedes fiar y de quien no, y la que no lo aprende acaba mal, lo que estaba pensando es que un fin de semana es mucho tiempo”.

“¿Tienes otros compromisos?”.

“Que va, ninguno, con toda sinceridad, lo digo por el precio, porque en fin de semana es cuando más se trabaja, y no quisiera ni parecer abusona ni salir perdiendo”.

“Lo entiendo perfectamente, ¿Qué cantidad te compensaría?”.

“Digamos... veinte mil pesetas”.

Le di la mano y le dije: “Trato hecho”.

A pesar de todo, cuando íbamos de camino en el coche insistí: “Vivo en una casa aislada del pueblo, no quisiera que te sintieras intranquila...”.

“Calla so bobo, ya te he dicho que me fiaba y listo”.

Llegamos justo a la puesta de sol, pulsé un interruptor especial, que encendía todas las luces del jardín y los porches.

He de reconocer que la casa quedaba de foto del National Geographic, se quedó embobada junto a la barandilla mirando el ocaso, temí que con su ropa ligera se resfriara, así que le pasé un brazo por el hombro preguntándole: “¿Tienes frío?”.

“No, pero me encanta que me hayas cogido”, dicho lo cual, ella pasó su brazo por mi cintura.

Al cabo de un rato, cuando el sol se había puesto me dijo: “Todo esto para ti solo, ¿No te parece un poco injusto?”.

“No es para mí solo, ahora es para nosotros dos, y sinceramente, hoy odiaría tener alguien más pululando por ahí”.

No sé por qué razón, lo primero que hice fue enseñarle hasta el último rincón de la casa, desde la bodega subterránea, hasta el estudio con techo acristalado.

Tal vez quería demostrarle que no había nada extraño en ella, ningún cuarto de las ratas ni sala de torturas. De paso encendí la chimenea del salón porque, aunque ya estábamos en primavera, por las noches refrescaba.

Al final del recorrido le pregunté: “¿Qué te ha parecido, podrás estar aquí un fin de semana?”.

“Jolín, si es por la casa un mes entero, aunque si es por ti... No sé”.

Se río de mi cara de sorpresa y me dijo: “Claro, mucho darme el paseíllo, pero no me has ofrecido nada para cambiarme, ni me has dicho que hay de cena”.

“Es verdad, que malo soy, ven que lo arreglaremos”.

Fuimos a mi alcoba, ya no quedaba nada de Cristina, así que removié entre mi ropa y escogió una vieja camiseta y un pijama afelpado de pantalón corto, que al ser con cintura elástica no importaba lo grande que le estuviera.

Cuando comenzó a quitarse su ropa, en principio pensé dejarla sola para que se cambiara tranquilamente, pero, como si leyera mi pensamiento, oí que me decía: “Anda sé un caballero y ayúdame a desabrocharme el sujetador”.

Estaba convencido de que ella lo hubiera hecho con más facilidad que yo, pero obedecí y lo dejé encima de la cama, al hacerlo tuve la tentación de acariciar su pecho desde atrás, tal como me encontraba, pero a pesar de que era una puta y cobraba por ello, me parecía vulgar hacerlo así sin más.

Pero no tuve tiempo de pensar demasiado porque ella tomó la iniciativa, se volvió hacia mí, desnuda tal como estaba, abrazó mi cuello y me besó muy dulcemente.

Entonces ya me atreví a pasear mis manos por su espalda, por su nuca, e incluso llegar a sus nalgas.

Al acabar me miró con una sonrisa picarona y soltó de repente: “Ha estado muy bien, ¿Pero qué hay de esa cena?”.

“Ho, por supuesto, pero vístete, que te enfriarás”.

Mientras lo hacía yo abrí la caja fuerte que estaba detrás de un cuadro, cosa que no hacía nunca delante de otros, pero ¡qué demonios!, si ella se fiaba de mí, ¿Por qué no me iba yo a fiar de ella?, conté las veinte mil pesetas, las até en forma de cilindro con una goma, y dije tomando su bolso: “Con permiso, no vaya a ser que luego se me olvide”.

“Ya te lo hubiera recordado yo, pero si te empeñas... Puedes abrirlo, hoy me he dejado la pistola en casa”.

A pesar de la autorización, solo abrí una rendija en la cremallera, justo para introducir el rollito y volví a cerrar”.

Fuimos a la cocina, ella estaba encantada de que, a pesar de estar desaparejado, tuviera una variedad de alimentos digna de un hotel de lujo, desde latas de paté de oca, hasta langosta congelada, además de un sinfín de diferentes útiles de cocina, ollas, sartenes y cacharros de todo tipo, algunos incluso antiguos y rarísimos, que estaban allí por pura decoración.

Parecía una niña a la que los reyes acaban de regalar una cocinita de juguete, cuando ya había chafardeado todos los armarios y congeladores, seleccionando lo que le apetecía, se volvió hacia mí que la contemplaba sentado, se puso a caballo sobre mis piernas y con tono muy ceremonioso me dijo: “No se crea usted caballero que las veinte mil pesetas incluyen el derecho a tener cocinera”.

“Rayos, ¿Cuánto más te tendré que pagar”.

“Pagarás en especies, serás mi pinche”.

“Yo soy tu esclavo si quieres”.

“Bueno, eso a lo mejor luego”.

Entre risas y bromas, preparamos una cena espléndida, pero no cargante.

Nos olvidamos del comedor y usamos el sofá y la mesilla de la sala frente a la chimenea.

Después de los postres llegó la hora de las confidencias, le expliqué a grandes rasgos lo que había sido mi vida con Cristina, reforzándolo con los álbumes de fotos que yo confeccionaba en forma casi novelesca: Acompañando el baño de los elefantes en el río, en Tailandia; En la cabaña sobre el agua en Bora Bora; y tantas otras.

Al cabo de un rato Silvia sentenció: “La tratabas como a una princesa y ahora la tratarán como a una perra, no tardará en volver”.

“Puede que vuelva, pero aquí no habrá sitio para ella”.

“¿No la perdonarás?”.

“No es cuestión de perdonar, si se ha enamorado de otro es porque realmente a mí no me quería, aunque viviera cómodamente a mi lado, y

cuando ha encontrado lo que ella cree el verdadero amor, lo ha tirado todo por la borda. Pero ya hemos hablado demasiado de mí y de Cristina, háblame de ti, para variar, si es que te apetece, aunque una cosa si te pido, no tienes por qué contarme nada, pero lo poco o mucho que me expliques, que sea verdad”.

“Bueno, mi vida es más sencilla y corta que la tuya”.

“Ya me estás llamando viejo”.

“No tonto, pero lo mío se resume muy fácilmente: Vivía con mi madre que era viuda, comenzaba la carrera de medicina cuando me enamoré como una idiota de un niño de casa bien de otra ciudad, que estaba haciendo prácticas en mi universidad, también hizo prácticas conmigo, y cuando supo que estaba embarazada, no me escupió en la cara de casualidad.

Desapareció sin dejarme siquiera un teléfono. Imagino que podía haberme deshecho de la criatura, pero yo sabía que allí dentro llevaba un hijo mío y además, mi madre, por sus principios éticos, me pidió llorando de rodillas que no lo hiciera.

Dejé los estudios y tuve una niña preciosa, no me arrepiento, pero necesitaba una buena escuela, había que acabar de pagar la hipoteca de la casa y los ahorros que había dejado mi difunto padre se estaban agotando.

Vine a Barcelona, pero con lo que podía ganar de auxiliar administrativa no había ni para empezar, así que pensé que, ya que no podía curar cuerpos, me dedicaría a curar almas. Y aquí estoy”.

Me gustó esa expresión de curar almas, porque era lo que realmente estaba haciendo conmigo.

Aun a riesgo de parecer indiscreto me atreví a preguntar: “¿Y de amores, como va la cosa?”.

“De amores... Ni loca, ya tuve bastante palo, además, ¿Quién va a querer ser el novio de una puta?, algún macarruzo, y para eso estoy mejor sola.

Mi ideal es hacer dinero pronto, retirarme y poner algún pequeño negocio que me permita estar con mi hija sin avergonzarme”.

“Te comprendo, pero te equivocas en una cosa, cualquier hombre con cabeza y un par de huevos querría ser novio de una chica tan maravillosa como tú”.

“Se agradece el cumplido, pero oye Cesar, lo siento, estaría hablando contigo hasta el amanecer, pero tengo un sueño tremendo, sino nos vamos a la cama ahora, te acusaré de torturas psíquicas”.

“Pues vámonos ya mismo”.

Se acostó completamente desnuda y yo la imité, se abrazó a mí y se durmió como un bebé.

Cuando ya amanecía, noté unas suaves manos que acariciaban mi cuerpo, abrí los ojos y vi su rostro a centímetros del mío estaba preciosa, estuvimos un buen rato acariciándonos, hasta que me dijo: “Buenos días, cariño, ¿Qué no piensas hacerme el amor por la mañana?”.

“Me encantaría, pero creo que no voy a poder”.

“Pues esta cosita me dice que si puedes”, Me dijo asiendo mi pene que estaba duro como una piedra.

“Verás, si y no, por un lado, está eso que tienes allí encima de la mesilla”.

Señalé un envoltorio con un preservativo, “Si me lo pones, se acabó la fiesta, me da verdadero asco, me parece antinatural, sería como hacer el amor con una muñeca de plástico en lugar de una maravillosa mujer”.

“Lo entiendo, pero piensa que es necesario mi amor”.

“No tanto, cuando Cristina me dejó, mandé hacerme unos análisis completísimos, si quieres verlos los tengo en la mesilla, estoy perfecto de salud, y creo haberte explicado que soy estéril”.

“Eso está muy bien, pero yo no tengo un análisis actualizado para enseñarte”.

“No importa, si me dices que estas sana te creo”.

“Supongamos que lo del preservativo está superado, ¿Qué otro problema hay?”.

“Es más complicado, tú me gustas muchísimo, pero yo a ti no, por lo tanto cuando esté haciendo el amor contigo pensare...”.

Puso un dedo sobre mi boca y me dijo: “Calla tonto, ¿Quién te ha dicho que no me gustas?, ¿Piensas que paso un fin de semana con cualquiera?, tengo que cobrar porque mi hija, mi madre y yo vivimos de eso, pero estoy tan a

gusto ahora aquí que no lo cambiaría por nada. Pero aún hay algo más, estoy segura de que en alguna ocasión habrás contratado los servicios de una esteticista o una masajista”.

“Si, por supuesto, de hecho no me gusta que un hombre me toqu Shore, pero si es una mujer me relajo y me dejo hacer lo que sea”.

“Vale, ¿Y no te paras a pensar si les gustas o no?”.

“Bueno... Es su trabajo”.

“Pero seguro que hay alguna que te trata con una especie de cariño o atención especial”.

“Si, en realidad, cuando encuentro una que me trata así, ya me quedo de cliente fijo”.

“Pues bien, en principio me gustas, además te he cogido cariño, y si no me dejas que te dé un masaje con todo mi cuerpo para que te quedes relajado, me sentiré muy frustrada”.

Ya no hubo más palabras, la besé, la acaricié y le hice el amor con toda delicadeza, ella también fue extremadamente dulce conmigo, no tenía la sensación en absoluto de estar con una profesional, sino con una amiga.

Nos volvimos a dormir y despertamos tardísimo, un baño en el enorme jacuzzi de mi cuarto de aseo nos dejó como nuevos, por unanimidad decidimos prescindir del desayuno y pasar directamente a una apetitosa comida.

En el jardín, el sol de Abril era tan agradable que nos pusimos a tomarlo, desnudos como monos, sobre una enorme colchoneta hinchable que tenía en el porche.

Al ver a mi compañera tan adorable bajo los rayos del sol, no resistí la tentación de hacerle el amor otra vez, en esta ocasión sin que ella me lo propusiera.

La ventaja de mi casa es que, al estar sobre una colina rodeada de un alto muro, lo más que se llegaba a divisar desde el exterior, era la chimenea sobre el tejado, mientras que yo, si me acercaba al muro, que por mi lado hacía las veces de balcón, podía ver mi entorno hasta varios kilómetros de distancia.

Al acabar estábamos tan acalorados que osamos meternos en la piscina exterior, aunque en treinta segundos salíamos corriendo a sumergirnos en las cálidas aguas del jacuzzi.

Por la tarde, en la sala, se me ocurrió decirle: “Imagino que durante los fines de semana debes llamar a tu madre y a tu niña”.

“Si, siempre”.

“Pues que esperas, coge ese teléfono ahora mismo y llama, yo mientras voy a la biblioteca...”.

“Ni se te ocurra marcharte, tenemos una relación de confianza ¿No?, pues te quedas, si necesitas algo de la biblioteca ya iremos juntos luego”.

Comenzó la conversación alegremente: “Hola mamá”.

“No este fin de semana me lo he tomado libre, no trabajo”.

“No he contestado el teléfono porque estoy en casa de un amigo”.

“Claro que tengo amigos, bueno la verdad es que no muchos, anda deja de chafardear y dile a mi tesoro que se ponga”.

“¿Cómo está mi niña?”.

“Bueno si, mamá irá en cuanto pueda”.

“No cariño, no lo he encontrado todavía, pero mamá seguirá buscando no te preocupes”.

“Adiós amor, yo también te quiero”. Y colgó pensativamente.

Yo me atreví a preguntar: “No quisiera pecar de curioso, pero: ¿Qué es lo que no has encontrado para tu niña?, igual yo puedo ayudarte”.

“No he encontrado a su papá, todas las niñas tienen menos ella, pero la verdad es que me negaría a encontrarlo ni aunque lo tuviera delante de mis narices, pero eso no quiero decírselo, al menos por ahora”.

“Lo entiendo”.

A medida que pasaba las horas acompañado de Silvia, una idea se abría paso en mi mente.

Para mí era la chica diez, realmente me hacía feliz, pero solo había podido comprar su compañía, estaba claro que el destino me tenía vetado conseguir un amor así.

Mañana ella tendría que volver a buscar clientes en el puticlub y yo estaría otra vez solo.

Me encantaría que este fin de semana no acabara nunca, alargarlo hasta el infinito, esa idea fue la chispa porque pensé: “¿Y qué te impide alargarlo hasta el infinito?, si no lo haces será por qué no quieres, no es un amor auténtico, por lo menos por su parte, pero es lo más parecido que podré encontrar nunca.

Y ella... ¿No estará mil veces más a gusto contigo, tratada con todo el cariño y respeto del mundo y viviendo una vida de lo más ameno y confortable que teniendo que soportar cada día mil guarrerías como una esclava?.

Estaba decidido. Al día siguiente, por la tarde, le solté a Silvia la idea que había estado rumiando desde hace horas: “Tengo una pregunta que hacerte, ¿Te interesaría cambiar de trabajo?”.

Me miró sorprendida, “Depende del empleo, pero además es complicado, porque ahora trabajo para mí, no estoy expuesta al capricho de un jefe que quiera despedirme. Si alguien no me cae bien, ni me acerco, además, una simple estudiante de segundo de medicina nunca encontraría nada en que le pagaran suficiente para mantener mi niña, mi madre, a mí misma y la hipoteca”.

“Bien, primero te explico el trabajo, porque si no te gusta ya no hay más que hablar, si te gusta, negociamos el sueldo que necesitarías cobrar”.

Tomé una docena de álbumes de fotos y los abrí por donde se veía a Cristina en los lugares más paradisíacos del mundo: “Este sería tu trabajo, acompañarme, no solo un fin de semana, sino siempre, viajar conmigo a donde nos apeteciera, disfrutar juntos de todo lo bueno que este cochino mundo nos puede ofrecer. Puedo prometerte que siempre te trataría como a una princesa, nunca te humillaría ni te recordaría que te pago, tampoco nadie sabría que cobras, para todo el mundo, incluso para mí, serías mi novia, o mi pareja, siempre te respetaría y haría que todo el mundo te respete. ¿Qué te parece?”.

“Uf... eso no es un trabajo, es una maravilla que cualquiera haría gratis, pero yo no puedo regalarlo, ya sabes mis circunstancias”.

“Pues por eso te digo que pongas un precio”.

“Pero hay otro problema, ¿Para cuánto tiempo quieres contratarme?”.

“Te garantizo un mínimo de cincuenta años”.

“Hablo en serio”.

“Yo también”.

“¿Y si al cabo de un tiempo te cansas de mí?”.

La tome de la mano y le pedí que me acompañara hasta la espléndida puerta de piedra en arco de la entrada, allí le señalé la base: “Fíjate bien, el escalón de la entrada es la roca viva de la montaña, pues antes puede fallarte este escalón bajo tus pies, que yo”.

“Hostias, la idea me encanta, pero necesito el dinero, y por otro lado no quiero ser abusona, venga, pongamos sesenta mil al mes”.

“Acepto, trato hecho, y el contrato lo sellamos con un beso”.

Por otro lado, no vas a necesitar para nada tu pequeño apartamento, un gasto menos, al menos que le tengas un aprecio especial”.

“Que va, lo dejaré con gusto, me recuerda cosas que a partir de ahora prefiero olvidar. Cambiando de tema Cesar, lo hemos arreglado todo muy rápido, pero... No hemos hablado de pequeños detalles que a veces pueden estropearlo todo, yo de vez en cuando quiero ir a ver a mi niña y a mi madre”.

“Cuando quieras y como quieras, aunque si tenemos un viaje pagado, no me hagas anularlo”.

“No soy una niña caprichosa, nos pondremos de acuerdo, pero eso sí, no me vengas luego con alguna condición especial, si hay algo más dímelo ahora”.

“Solo hay una condición, que me trates con el mismo cariño que me has tratado estos días, y que seamos sinceros el uno con el otro, si por casualidad entra en tu vida un joven apuesto y te enamoras de él, dímelo en cuanto lo sepas y no sigamos juntos”.

“¿Un joven apuesto?¡, Estás loco, mira como estoy por un joven apuesto, reina por una noche y madre para toda la vida, estate tranquilo, estoy vacunada contra los jóvenes apuestos”.

Así comenzó nuestra vida en común, se notaba que estaba a gusto, era toda una ama de casa, le encantaba cocinar, incluso tenía que pelearme con ella para que no limpiara, porque para eso venían un par de señoras todos los martes y miércoles, y un jardinero los jueves.

En dos días habíamos trasladado sus cosas y devuelto la llave del apartamento, estaba claro que lo dejaba sin ninguna pena.

Ordené al banco que le ingresaran sus sesenta mil pesetas cada mes, en efectivo, y me olvidé del asunto, la verdad es que en cuatro días ya ni pensaba en absoluto que estaba conmigo por un sueldo, para mí era simplemente, mi mujer.

Una tarde, no pude evitar escuchar desde otra habitación una conversación con su madre: “Si mamá, he dejado la profesión, y espero que para siempre, pero no te preocupes, que si Dios quiere no nos faltará el dinero”.

“¿Pues te acuerdas de aquel amigo?, vivo con él, en una casa preciosa”.

“Bueno no le he preguntado pero parece rico, pero eso es lo de menos, lo importante es que me trata como a una reina, con un cariño y un respeto que nunca había sentido”.

“¿Mayor que yo...?, Si un poco, pero está como un roble, si vieras como esquía, he visto un vídeo, y ni los chavales de veinte años”.

“Por supuesto que me puedes llamar aquí, esta es ahora mi casa, apunta el teléfono...”.

Otra pequeña discusión, la tuvimos cuando fuimos de compras, fui a pagar la ropa que había escogido, pero no quiso, más tarde, en el coche me habló del asunto: “Aclaremos una cosa, tú ya me pagas un sueldo, lo que yo me compre o no, es cosa mía”.

“Si y no, porque si no recuerdo mal, tu hiciste un presupuesto ajustado, si ahora por estar conmigo necesitas ropa elegante para ir a sitios de lujo, equipo y ropa para la nieve y Etc. no te va a cuadrar”.

Al final acordamos que todo lo que estuviera relacionado con los viajes y vida social lo pagaría yo, y si ella quería un capricho se lo compraría con su dinero.

También hubo una cierta polémica al escoger el destino de nuestro primer viaje, abrí un mapamundi y le pregunté: “¿Dónde quieres ir?”.

“No Cesar, eso prefiero que lo decidas tú, que para eso eres el que paga”.

Me puse bastante serio: “Silvia, dos cosas, si no quieres que me enfade, nunca más vuelvas a mencionar que te pago, porque no es verdad, yo ayudo a tu familia para que puedas estar siempre conmigo, y si te refieres a que pago el viaje... Pues, cuando compro un billete, también le pago el viaje a mi brazo y a mi pierna, pues bien, tú eres ahora parte de mí y de mi vida, iría mejor sin un brazo que sin ti”.

Luego sonreí, y en un tono más cordial dije: “Además, si el que paga manda, pues yo mando que escojas tú”.

Se abrazó a mí, mientras me decía: “Eres demasiado bueno conmigo, tengo miedo de que algún día cambies”.

“Cuando veas la roca de la entrada ceder, entonces empieza a preocuparte”.

No me importó en absoluto volver a sitios en los que ya había estado antes con Cristina, era tanta la ilusión con la que Silvia disfrutaba de todo, que me encantaba enseñarle los lugares que ya conocía, fueron seis meses geniales.

Me encontraba una tarde mirando mapas y folletos para decidir nuestro próximo destino, cuando Silvia volvió el plano del revés y me dijo: “Mi próximo viaje ha de ser a una pequeña ciudad española sin demasiada historia ni paisajes espectaculares ni grandes monumentos”.

Me quedé un poco sorprendido y ella continuó: “Mi niña cumple cuatro añitos la semana que viene, además tengo una necesidad desesperante de verla y he de llevarle todo lo que le he comprado por esos mundos, y algún regalo muy especial”.

Mi respuesta la dejó sin palabras: “¿Y porque no le regalas lo que ella anhela más?”.

Breve silencio, “¿El qué?”.

“Ya lo sabes de sobras... Un padre”.

Noté que había perdido su habitual desparpajo, incluso cuando comenzó a hablar me pareció que sus ojos enrojecían: “Pero Cesar... Si es lo que pienso... Yo no puedo cargarte...”.

“Si, es lo que piensas, y no me cargas nada, soy yo el que te lo he propuesto sin que tú me lo hayas ni siquiera insinuado, ahora bien, si el motivo es otro,

porque piensas que no sería un buen padre, o porque no doy la talla, porque soy mayor...”.

Me abrazó con tal fuerza que pensé que me iba a estrangular, mientras me decía: “Calla animal, claro que serías un buen padre, nunca encontraría otro mejor, y lo de mayor es una idiotez, incluso es una ventaja para ser padre, eres más sereno, más sensato, ningún hombre debería ser padre antes de los cuarenta, además eres un tío elegante, culto y guapo”.

“¿Entonces estoy aceptado?”.

“De mil amores, mi única pega era que has hecho tanto por mí que esto ya me parece demasiado”.

“A ver si lo entiendes, so burra, no me estoy sacrificando a desgana para que seas feliz, lo hago muy a gusto, además, no olvides que yo no puedo ser padre biológico”.

“Sea por el motivo que sea, gracias, muchas gracias”. Mientras decía esto último, noté como sus mejillas se humedecían.

Es curioso, que una mujer con gran carácter, decidida y de las que pisan fuerte, se convertía en un flan y un mar de dudas ante cualquier detalle que se refería a su hija, tanto es así, que no tuve más remedio que tomar las riendas.

Al día siguiente, entré aparentando seriedad en la cocina y le dije en tono castrense: “Deja todo y ven, ahora, es una orden”.

Me saludó al estilo militar y contestó: “Señor, sí, señor”.

“He estado planificando, soy partidario de la flexibilidad y la adaptación, más que de los cambios radicales, si sacamos de repente a tu hija de allí, perdería el contacto con su entorno, tu madre, que es a quien está acostumbrada, porque a ti te ve de uvas a peras, su barrio, su colegio y sus amiguitos, y se encontrará aislada.

Irás a una escuela donde enseñan en catalán, que a ella le parecerá chino.

Solución, en los colegios hay más vacaciones que días lectivos, tres meses en verano, veinte días en Navidad, quince en Semana Santa, Etc.; por tanto, en sus vacaciones vive con nosotros, y así tu madre descansa, y en las temporadas de clase seguimos llevando la misma vida que hasta ahora: ¿Qué te parece?”.

“Me parece cojonudo señor”.

“Pues me alegro. Otra cosa, he pensado en acondicionarle la habitación de invitados junto a la nuestra, es amplia, luminosa y tiene cuarto de baño propio, pero no me gustaría que fuera una habitación como de apartamento, moderno enquistada en una masía museo, mi idea es arreglársela en plan palacio de princesa del siglo pasado, habitación de niña, pero que no se da de patadas con el resto de la casa, ¿Vale?”.

“Sus órdenes serán cumplidas fielmente señor”, a partir de esta respuesta la estiré repentinamente en el sofá y comencé a morderle por todo el cuerpo, acabamos con una batalla de cojines en mitad de la alfombra.

Los días siguientes fueron de intensa actividad, para Silvia parecía que se iba a terminar el mundo en cuestión de horas, quería tenerlo todo arreglado ya mismo, al final conseguí que se calmara.

En principio recorrimos los anticuarios rústicos de la comarca, luego fuimos ampliando el círculo, hasta llegar a Barcelona.

La habitación tomaba forma: Una cama con dosel, un tocador, con un gran espejo, dos grandes armarios, un sofá, una mesa para estudiar, sin olvidar un enorme caballo de cartón y una casa de muñecas.

Una de las veces en que Silvia telefoneaba a su casa, tuve la impresión de que su madre le estaba poniendo alguna pega, nunca había oído que hablara de aquella forma, y menos a su propia madre: “¿Qué quieres, negarle a mi hija lo que las otras niñas tienen?”.

“¿Casados?, eso es una imbecilidad de la que solo hacéis caso ya las viejas de pueblo”.

“El qué dirán me lo paso por el forro”.

“Y si es más mayor que yo también”.

“¿Qué preferías, cuando estaba haciendo de puta expuesta a cualquier cosa?”.

“Claro que él sabe lo que yo hacía antes”.

“No digas sandeces, si el cerdo de su padre biológico me viniera a estas alturas con un ramo de rosas, se lo metería por el culo, con jarrón y todo”.

“No se hable más, si no estás de acuerdo, me llevo a mi hija, a vivir con nosotros y listo, y para verla tendrás que chuparte setecientos kilómetros y

cuatro cambios de transporte, dos días de viaje de ida y dos de vuelta, así que tu misma”.

Aunque no pude evitar escuchar la conversación, porque hablaba a grito pelado, nunca comenté nada sobre el tema, por lo visto ante la amenaza de la última frase, la madre dio marcha atrás en sus ideas.

Llegó el día señalado, tomamos la autopista temprano, y al atardecer, habíamos llegado.

La madre me recibió respetuosamente, aunque un poco distante, me senté en el patio tal como Silvia me pidió, entró y pilló a su hija por sorpresa, porque no le habían dicho que venía, y menos acompañada conmigo.

Yo oía perfectamente la conversación por la ventana abierta, después de los besos y abrazos de rigor, vinieron las preguntas: “¿Me has traído algo de Barcelona?”.

“Te he traído el regalo más maravilloso”.

“¿El qué?”.

“¿Qué es lo que siempre me pides y nunca te he podido dar?”.

“¿¡¡Mi papá...!!?, ¿No me engañas, lo has encontrado?”.

“Ya sabes que mamá nunca miente, pero...”.

“¿Pero qué?”.

“Un papá es un papá, no se escoge como si fuera un muñeco, puede ser bajito, o feo...”.

“No me importa, es mi papá y lo querré mucho”.

“¿Y si es negro?”.

“Ahora sí que me engañas, porque si fuera negro yo sería por lo menos un poco negrita, como mi amiga; pero dime: ¿Cuándo iremos a verlo?”.

“¿Y si te digo que te está esperando en el patio?”.

Se oyó un grito y unos pasitos apresurados, y salió por la puerta un torbellino de vestido y ojos de color azul y un montón de rizos rubios, que

no sé cómo, logró subir de un salto sobre mis piernas y abrazarme entre risas y lágrimas”.

Acto seguido vinieron las preguntas: “¿Y porque has tardado tanto en venir?”.

“Porque viajo mucho y muy lejos, tanto, que no sabía que tenía una hija tan bonita”.

“¿Pero ahora ya no viajarás?”.

“Ahora viajamos juntos mamá y yo”.

“¿Y yo podré viajar con vosotros?”.

“Si, pero siempre a sitios que sean adecuados para tu edad, de momento a la selva con los cocodrilos no, y siempre que apruebes el curso, porque si no te tendrás que quedar a estudiar”.

“Seguro que aprobaré”.

Mi pequeña Estrella, se quedó un buen rato abrazada a mí, mientras yo estaba encantado, tenía una sensación que no había sentido nunca, el hecho de que aquella muñequita me quisiera y me abrazara, sin pararse a pensar si era alto o bajo, guapo o feo, chulo o buenazo, removi6 hasta la última fibra de mi ser.

Al mismo tiempo no podía evitar pensar que ser padre así, sin haber tenido que cambiar un pañal, ni dar una papilla, era un chollo.

El comportamiento de la niña derri6 por completo el hielo de su abuela, imagino que forzada por las circunstancias, porque si la nieta me había aceptado a la primera, no iba a quedarse ella atrás.

Al llegar las navidades, pasamos Noche Buena y Navidad en casa de la madre, y nos pusimos en marcha en San Esteban.

Aunque no soy muy propenso a seguir las tradiciones, en aquella ocasión había colocado un enorme árbol, cargado de luces y adornos, en la sala, eso sí, una buena imitación de plástico para no romper mis principios ecologistas, y aunque no tengo nada de católico, había comprado un belén, de los que ya vienen totalmente montados y solo hay que sacarlos de la caja. No hacía desmerecer la casa porque tanto las figuras, de un palmo de alto, como el portal en corcho, eran verdaderas obras de arte.

A pesar de que le habíamos hablado de ella, Estrella se quedó realmente embobada con la casa, yo había pisado el acelerador para que la viera todavía con luz, exploró cada rincón del enorme jardín, hasta que la tuve que hacer entrar para que no cogiera frío.

Todo le parecía mágico, pero al llegar a su habitación dio un verdadero alarido, yo pensé que se iba a desmayar, preguntó en voz baja: “¿Es mía?”.

“Si, claro cariño”.

Al cabo de unos instantes solo añadió: “Es de princesa, mis amigas no se lo van a creer”.

“Bueno, pues haremos un montón de fotos y te las llevas”.

En aquella ocasión, no cenamos en la enorme mesa de la cocina, ni en la sala, como hacíamos Silvia y yo, sino que estrenamos la mesa del comedor, como una señora familia que éramos.

Durante la cena le pregunté a la niña que le había parecido su casa, y dijo: “Genial, solo falta una cosa”.

“¿El qué bonita mía?”.

“La caseta del perro”.

Silvia me miró con cara de decir ¡horror!, pero yo le contesté tranquilamente: “No hay caseta porque no sabíamos si querías un perro grande o pequeño, además no soy partidario de que los perros estén fuera, si son uno más de la familia han de estar donde está la familia”.

“¿Iremos mañana a comprarlo?”.

“No lo compraremos, porque hay cientos de perros abandonados, iremos a la protectora y escogerás el que más te guste”, vi que Silvia me miraba con ojos como platos.

Al acostar a la niña le dije: “Si aprietas este botón, se encenderá una luz en la habitación de los papás, entonces uno de nosotros vendrá, pero no lo aprietes sino es necesario” Era una niña de carácter y prácticamente no lo apretó nunca.

Por la noche Silvia me echó la bronca: “¿Por qué le has prometido lo del perro, para viajar será un problema?”.

“No te ahogues en un vaso de agua cariño, por aquí alrededor conozco buena gente que por un módico precio nos lo cuidarán encantados”.

Al día siguiente cumplí, mi promesa y la llevamos a la protectora de animales, el escoger fue un verdadero problema, porque se los hubiera querido llevar todos, pero cuando el encargado, que ya miraba el reloj para plegar, le dijo que si no lo tenía claro habría de volver al día siguiente, se decidió en dos minutos.

El escogido era de raza chucho auténtico, con mirada lastimera, pero cumplía mis tres condiciones, pelo corto, no babeaba y era tranquilo e inteligente.

Pasó estoicamente, por la peluquería, desparasitado y revisión veterinaria, y evidentemente su canasta para dormir tuvo que colocarse en la habitación de Estrella, a pesar de que le dije: “Pero entonces no podrás cerrar la puerta, porque Herodes (No sé dé dónde sacó el nombre pero así llamó al pobre animal) querrá salir a beber”.

“No importa, si está conmigo sé que ningún malo podría acercarse a mi habitación”.

“Vale, pero más adelante te enseñaré a abrirle la puerta del jardín con las primeras luces para que pueda hacer Pipí”.

“Bueno, pues lo haré, no hay problema”.

Por la noche Silvia volvió a sacar el tema: “Bien, ya tiene el perro, pero no me la vayas a malcriar que hasta ahora estaba muy bien educada”.

“En absoluto, fíjate: Ha tenido que tomar una decisión difícil, y lo ha hecho, tendrá que prescindir de cerrar la puerta y lo acepta, incluso la molestia de levantarse a primera hora para abrirle el jardín”.

“Vale ¿Pero porque le has dejado que le llame Herodes?”.

“Es una niña original y con carácter, ¿Porque hemos de reprimir sus ideas?”.

“Ya veo, y lo de la protectora ¿Por qué ha sido?”.

“Para ponerle la decisión más difícil y por una cuestión de principios, ya has visto cuantos hay esperando que los adopten y, por último, porque el carácter del perro que ha sufrido un abandono, siempre es cien veces mejor que los comprados en tienda, nunca olvidan lo que han sufrido y agradecen más el afecto que les das”.

“Más o menos como yo entonces”.

“Como nosotros cariño”.

Cumplía ya nuestro primer año de convivencia, cuando un hecho inesperado quebró la tranquilidad de nuestra idílica vida.

Tenía una tumbona situada junto al murete exterior, de forma que podía contemplar el paisaje sin ser visto, porque mi cabeza estirada, apenas sobresalía a la altura de mi nariz por encima del muro.

Unos potentes gemelos me permitían seguir el vuelo de las águilas, o el deambular de algún zorro o jabalí. Pero lo que me pareció ver, saliendo del bosque, por el camino que únicamente conducía a nuestra casa, no era un animal, sino una persona, lo cual era rarísimo, en principio, porque nadie nos visitaba sin avisar, y en segundo lugar porque nadie venía andando.

Tomé los gemelos y me cercioré de que era una mujer, lo cual era aún más extraño, corrí a buscar el telescopio, y lo situé detrás de las ramas bajas de un árbol, mi sospecha era cierta, era Cristina, aunque más gruesa y caminando de una forma torpe que no era habitual en ella.

Llame a Silvia, habíamos teorizado más de una vez, sobre como actuaríamos si aquello sucedía, conecté la cámara con micrófono que cubría la puerta de entrada y me situé en mi despacho frente a la pantalla, Silvia se colocó en el bolsillo el pequeño aparatito, con cordón y un minúsculo auricular en la oreja, que podía pasar por una radio, pero desde el cual yo le podía hablar sin que nadie lo percibiera.

Tardó, un poco en llegar, pulsó el timbre de la puerta peatonal, mi primera sorpresa fue comprobar que no estaba gorda, sino embarazada, eso explicaba su caminar torpe, y algo que no me gustó nada, es que presentaba varias marcas en la cara unas más recientes que otras.

Silvia descendió, y tal como habíamos acordado, abrió la puerta de hierro maciza pero no la reja exterior:

“Buenas tardes, siento presentarme así sin avisar, pero por más que he intentado llamar, Telefónica me dice que ese número no existe, ¿Qué está Cesar?”,

Silvia era buena actriz cuando quería, puso cara de sorpresa y contestó: “Te debes haber equivocado de casa, aquí no vive ningún Cesar”.

Pareció como si a Cristina le hubieran escupido en la cara y con un aire indignado, respondió: “Mujer, no me digas que no, que he vivido aquí cinco años, Cesar es el dueño de la casa”.

“Vale, ahora lo entiendo, nosotros compramos la casa hace tres meses, y a través de un apoderado, ni siquiera llegamos a conocer al anterior propietario”.

“Por Dios, no me fastidies, con el esfuerzo que me ha costado llegar hasta aquí”.

Su voz ahora sonaba temblorosa: “Por favor ¿No tienes idea de donde puedo encontrarlo?, estoy realmente desesperada”.

“No sé si será verdad, pero nos dijeron, como una curiosidad, que había vendido todo y se había marchado a un monasterio de la India”.

A partir de aquí Cristina comenzó a sollozar: “Lo dijo, pero nunca pensé que sería verdad, Dios, que burra fui, pensar que lo tenía todo...”.

Yo ya le había dado un par de instrucciones a Silvia, que hizo como si recordara algo: “Oye, déjame pensar, ¿Cómo te llamas?”.

“Cristina García”.

“Espérame aquí, porque en el despacho de mi padre hay un sobre, nos dijeron que tal vez vendría alguien a buscarlo, perdona que no te abra, pero es que Herodes, el perro, es muy fiero y no sé cómo podría reaccionar”.

“Tranquila, no te preocupes”.

Mientras Silvia subía, yo ya casi tenía acabado el sobre, con una nota que decía:

Hola mariposa nocturna, si algún día vuelves aquí, tal vez será porque ya te has carbonizado con la llama, pero yo no te estaré esperando, porque no puedo esperar a quien me dejó de querer, si estás en apuros, ves a este despacho de abogados y pregunta por el señor Tejedor, ellos tienen instrucciones de ayudarte. Cesar.

Añadí dos mil pesetas, y la tarjeta de mis abogados, sequé muy bien la tinta, cerré el sobre con cinta adhesiva y escribí en el: Para la Señorita Cristina García, luego lo fregué por el suelo para que cogiera un poco de polvo y lo arrugué ligeramente, nadie diría que no llevaba un año esperando a su destinatario.

Cuando Silvia subió, tomo el sobre y solo me dijo: “Eres perverso”.

“Vale, ya hablaremos luego, oye, ha estado genial lo del perro Herodes”, los dos miramos al pobre animal estirado a mi lado sobre la alfombra, con una cara de pacífico insuperable”.

Mientras yo llamaba un taxi, Silvia bajó apresuradamente con el sobre y una sonrisa: “Ves, yo tenía razón, es para ti”.

Cristina lo abrió apresuradamente, lo leyó y le cayeron un par de lagrimones sobre el papel, luego lo besó y dijo en voz baja pero audible: “Gracias Cesar, no merezco nada, pero aun así has pensado en mí”.

Cuando llegó el taxi, Silvia salió, cerrando la reja detrás suyo, y preguntó al taxista: “¿Cuánto es a Barcelona centro?”.

“Humm... unas quinientas pesetas”.

“Tome seiscientas y lleve a la señora a una pensión económica pero decente, seguro que usted conoce más de una”.

“Claro que sí señorita”.

“Pues adelante, y no corra mucho, que la señora está embarazada”.

“Como usted mande”.

Se despidieron con un par de besos y Silvia le dijo: “Buena suerte”.

“Gracias, la voy a necesitar”.

Cuando Silvia subió, yo sabía que venía directa a pegarme la bronca: “¿Se puede saber porque esta comedia y no dejarla subir, asearse y pasar la noche, no ves cómo va la pobrecilla?”.

“Escucha cariño, ahora podrá asearse y descansar, pero en una pensión, no aquí, no la voy a dejar desprotegida, pero quiero que, en cierto modo, pague su culpa, pensando que por su causa me he ido de peregrino a la India, y sobre todo, quiero que crea que no tiene posibilidad alguna de volverme a ver”.

Se quedó un poco pensativa y al final me dijo: “No me vas a creer, pero, si por mí fuera, te diría que la perdonaras y volvieras con ella, que yo aceptaba

marcharme, aunque tuviera que volver a lo de antes. Pero no lo haría por mi hija, que nunca entendería porque ha vuelto a perder a su padre”.

La besé: “Tienes un corazón de oro, pero no te atormentes, primero porque, aunque estuviera solo como la una no le hubiera dejado volver a compartir mi vida; en segundo lugar porque a ti no te cambiaría ni por el Hada Azul y la Madre Teresa de Calcuta juntas”.

Río de buena gana la ocurrencia: “Hombre, el hada Azul está de buen ver, pero la pobre Madre Teresa...”.

“La bondad también cuenta”, y así acabó la discusión.

Tomé el teléfono y llamé a mi despacho de abogados: “¿Manuel?, soy Cesar ¿Cómo estás?...”, “Yo cojonudo con mis niñas que me rejuvenecen...”.

“No, la pequeña ahora está en el pueblo, y hablando de niñas, ¿Te acuerdas de Cristina?, pues tengo un trabajillo para ti que te va a encantar, te paso los detalles por fax...”.

“Hasta la vista”.

Al día siguiente, Cristina pidió cita con Manuel Tejedor. Para su sorpresa se la dieron para aquella misma mañana, la recibió amablemente y le explicó que el señor Cesar, estaba en paradero desconocido, pero había dejado un fondo, que administraban ellos, para cubrir varios supuestos, y uno de los supuestos era que ella tuviera un percance, pero evidentemente para poderla ayudar, tenía que explicarle, sincera y detalladamente el alcance y la gravedad del problema.

Su desventura era simple, después de pocos meses con aquel sinvergüenza, ella ya no resultaba una novedad, sino un estorbo para cortejar otras mujeres, además no tenía forma de obtener dinero de su antigua cuenta, y para postres se quedó embarazada.

Primero comenzaron los desprecios, luego empujones y golpes, que al final ya eran verdaderas palizas, pero Cristina no quería denunciarlo para que su hijo no se quedara sin padre.

Cuando la orquesta cambió de ciudad, él no le dijo nada y la abandonó en una pensión, sin un céntimo. Tuvo que volver en autostop, para encontrarse con la sorpresa de que Cesar había vendido la casa, y suerte del sobre, que era su última tabla de salvación.

A pesar de que el abogado, era un hombre duro que había visto de todo, se le notaba ablandado por la historia de aquella desgraciada.

En un tono cordial le dijo: “Ahora ya no te preocupes por nada, nosotros nos ocupamos de todo, necesitas, casa, trabajo, un entorno en que no te encuentres sola y donde haya un ambiente sano para educar a un niño”.

“¿Y me podréis conseguir todo eso?”.

“Te sorprenderías de las cosas que conseguimos a veces”, y realmente no le mentía.

Aquel despacho era más que un gabinete de abogados, tenían contactos de todo tipo y sabían moverse.

En poco tiempo habían localizado lo que buscaban: Una granjera del Pirineo se había arriesgado a transformar su enorme caserón en un alojamiento rural.

Con su marido muerto en accidente, ella no podía llevar sola una granja, y no quería que su pequeño tuviera la misma vida dura de campesino que ella.

Pidió una hipoteca y le quedó una masía-posada impecable y acogedora, pero desgraciadamente no tuvo la acogida que esperaba, porque nadie la conocía y el turismo rural aún no era muy apreciado en España.

La publicidad era muy cara, y solo con clientes en agosto y semana santa, no cubría gastos.

Ya se acumulaban varios recibos impagados, y el banco amenazaba con quedarse la casa de sus bisabuelos, era una mujer fuerte y emprendedora, pero estaba atrapada.

Cuando se presentó el abogado, en pleno Pirineo, trajeado, con su Mercedes y su portafolio, Josefina se temió lo peor y no le recibió de muy buena gana.

“Buenos días, señora, trabajo para un gabinete de abogados de Barcelona”.

“Y viene a sacarme los hígados, ¿No?”.

Manuel se rio,: “No mujer, todo lo contrario, mi visita es como si le hubiera tocado la lotería”.

“Me extraña, pero usted dirá”.

“Estamos al corriente de sus problemas con la hipoteca, nosotros podemos comprársela al banco, y ya puede olvidarse de ella, nunca más tendrá que pagar un duro”.

“Si, y ahora viene cuando saca el pergamino que tengo que firmar con sangre para venderle mi alma, o algo parecido, porque ustedes los abogados no dan nada gratis”.

“Hoy no está muy acertada, pero si tiene que hacer algo a cambio, una obra de caridad”.

Acto seguido le explicó a grandes rasgos, la historia de Cristina y al finalizar le dijo: “Usted le da alojamiento digno, y comida sana para ella y el niño, un trabajo, un pequeño sueldecito y la apunta con el mínimo posible a la Seguridad Social, para que tengan cobertura sanitaria, total cuatro duros.

Cada mes nos manda una copia del pago de su seguro, y nosotros le remitimos un recibo conforme nos ha abonado una mensualidad de la hipoteca, le sale por una quinta parte de lo que paga ahora, y encima tiene una persona que trabaja para usted, ahora está embarazada, pero puede atender la recepción, preparar mesas, etc., y... Que quede claro, es una buena chica que ha tenido una desgracia, ni se droga, ni bebe, ni roba, simplemente cometió un error en la vida”.

“Si, como yo con esta casa”.

“Pues ahora pueden ayudarse la una a la otra”.

“Vale usted me manda los recibos como que pago, aunque no pago, ¿Y al final qué?”.

“Al cabo de veinte años le mando la escritura de cancelación de la hipoteca, y la casa es completamente suya”.

“¿Y usted cree que aguantará aquí veinte años?”.

“¿Por qué no?, lo ha pasado muy mal y este es un buen sitio para criar a su hijo, si usted la trata bien...”.

“Oiga que yo trato a todo al mundo bien, a ver si se piensa que la voy a esclavizar”.

“Pues entonces ningún problema, pero... Una condición”.

“Ya empezamos”.

“Nada importante, solo que eso de la hipoteca queda entre usted y yo, para la señora Cristina, nosotros nos hemos limitado a buscarle alojamiento y empleo, porque tenemos buenos contactos”.

“Por eso no se preocupe callaré como una muerta”.

Al día siguiente, hicieron acudir a Cristina al despacho, no parecía muy esperanzada, se quedó muy sorprendida, cuando el abogado le enseñó un folleto de la casa rural: “La dueña está sola y necesita alguien que la ayude, el sueldo no es una maravilla, pero tienes un buen alojamiento, para ti y para tu hijo, además de comida, ropa y aseo cubiertos, o sea que lo poco que ganes lo puedes ahorrar íntegro, y criarás a tu niño en un ambiente sanísimo”.

“La verdad es que lo haría gratis, si encima me pagan algo... ¿Pero ya me querrán cuando vean que estoy embarazada?”.

“Ya lo saben”.

“Pues que extraño”.

“Nada de extraño, la señora también tiene un niño pequeño, se harán compañía, además te he recomendado yo, y resulta que me debe un pequeño favor, así que déjate de tonterías, y vamos a lo práctico: aquí tengo anotado que dejaste un montón de cosas en un guardamuebles”.

“Es verdad”.

“Pues mañana te irá a buscar un furgón, iréis al guardamuebles, tu no cargues nada, que lo haga el transportista, cancelas el guardamuebles y te lleva con todos tus cacharos al Pirineo, no te importe hacerle parar las veces que sea para ir al lavabo, está advertido”.

“De verdad que no sé cómo agradecerte lo que has hecho por mí”.

“Nada de proposiciones, que estás embarazada”.

“No me hagas reír que se me mueve la tripa”.

Cristina no sabía que sus conversaciones con el abogado se grababan con una cámara disimulada en la librería, cuando recibí la cinta de vídeo y la vi en la televisión, tomé una determinación: Aquel cerdo que la había golpeado y abandonado después de dejarla embarazada ahora estaría buscando otra

víctima, sino la había encontrado ya. Alguien tenía que pararle los pies y darle su merecido.

Me habían hablado de una agencia de detectives que hacían trabajos de todo tipo, me presenté en su despacho con la cinta de vídeo y la foto dedicada del macarruzo que en su día había fotocopiado del bolso de Cristina.

El detective privado era un hombre astuto que sabía moverse por los bajos fondos, fue directo al grano: “Localizarlo es sencillísimo, pero... ¿Qué hemos de hacer con él?”.

“No quiero que tenga ocasión de hacerle lo mismo a otra mujer”.

Frunció el ceño, hizo un gesto de desaprobación y dijo: “¿Cargárselo?”.

“No, ni mucho menos”.

“Entonces vale”.

“Simplemente un buen palizón que le deje hecho polvo y ya no pueda ser el gallito busca nenas”.

“Eso está hecho, conozco un grupo que son especialistas, le aseguro que quedará satisfecho, la mitad por adelantado y en efectivo, la otra mitad cuando reciba el comprobante”.

“Trato hecho”.

Al cabo de un mes recibí por correo la hoja de un periódico de provincias, de esos de escasa tirada, estaba medio ocupada por la siguiente noticia:

LA ORQUESTA RIVER PLATER PIERDE A SU SAXOFONISTA: Según testigos, Peter, el saxofonista de dicha orquesta, había bebido unas cuantas copas de más, y provocó una pelea callejera de la que resultó con lesiones de gravedad en la pierna y mano derechas que probablemente le impedirán volver a tocar su instrumento o bailar, su rostro también ha acusado los golpes, será difícil que desaparezcan las graves cicatrices resultantes.

La policía no ha practicado detenciones porque el resto de implicados no ha sido identificado.

Las asociaciones de vecinos han pedido al alcalde que aplique mano dura contra borrachos y gamberros que corrompen el ambiente nocturno de nuestra ciudad, por lo tanto, aun a pesar de las lesiones recibidas, el juzgado

de guardia tomará medidas de oficio contra este único identificado, con cargos por alboroto y escándalo público.

Me quedé un rato contemplando la foto, porque “casualmente” un periodista pasaba por allí y retrató el rostro de Peter. Parecía un zombi, labios machacados, dientes rotos, nariz ensangrentada, y un ojo completamente cerrado.

No pude por menos que admirar el trabajo, realmente eran más que profesionales, artistas.

Viendo aquel guiñapo humano dije en voz alta: “Ahora te será muy difícil ser el gallito del gallinero, con una mano hecha polvo, lo más que podrás tocar es la zambomba, estás vengada Cristina”.

Hice una fotocopia de la noticia y con rotulador escribí en letras de molde: A CADA CERDO LE LLEGA SU SAN MARTÍN, se la mandé sin remite ni otro detalle a Cristina en la granja.

Estuvo días enteros pensando en el asunto: “Josefina ¿Quién sabe que yo estoy aquí?”.

“Pues... el abogado que te recomendó, el transportista que te trajo, y supongo que nadie más”.

“Pero ellos no sabían que precisamente Peter era mi ex, ni tampoco le dije a Cesar quien era, o como se llamaba, aunque ese desde la India poco puede hacer, de verdad que no lo entiendo”.

“Pues chica, no le des más vueltas, al único que has de temer es al maltratador de Peter, ese sí que no ha de saber que estás aquí, y quien te haya mandado esto no parece precisamente amigo suyo, sino más bien amigo tuyo, así que no te preocupes, que no es bueno para el niño”.

“Tienes razón ha recibido lo que se merecía y ahora no estará para engañar y pegar a muchas mujeres”.

Poco después Cristina tuvo una niña, que con el tiempo fue novia del hijo de Josefina.

El negocio funcionó poco a poco cada vez mejor, el chico llegó a ser un buen chef y la niña estudió hostelería, ahora ya eran necesarios los cuatro para atender el negocio.

Los abogados, cumplieron, y al cabo de veinte años, Josefina recibía, por correo certificado, la cancelación de la hipoteca, entonces llamó aparte a Cristina: “A ver guapa, tu aquí no gastas nada, ¿Por lo tanto tendrás un dinerillo ahorrado verdad?”.

“Algo si, ¿Por qué lo dices?”.

“Porque esto funciona y ha llegado el momento de ampliar y mejorar, quiero que seas mi socia a partes iguales”.

“No digas bobadas, con lo que yo tengo ahorrado no te puedo comprar ni la décima parte del negocio”.

“Es que no habría negocio si no hubieras venido tú, y encima has trabajado duro y con ilusión, como si fuera tuyo”.

“Porque tu fuiste muy buena acogiéndome”.

“No tan buena, ahora ya te lo puedo explicar”, y entonces le relató todo el trato con el abogado, “Así que entérate, alguien te ha estado cuidando estos veinte años”.

“Hostias, que me dices, ¿Tú crees que Cesar desde la India?”.

“Desde donde sea chica, pero ya puedes ponerle una vela a ese santo”.

Un año más tarde, Josefina recibió una escueta nota del abogado en que le preguntaba: “¿Sigue Cristina con usted?”.

La respuesta fue igual de lacónica: “Es mi socia”. Nunca más se pusieron en contacto.

Cuando Estrella cumplió cinco años, quise apuntarla a una escuela de kárate, su madre prefería ballet, le dimos a escoger y prefirió el kárate.

El banco seguía ingresando las sesenta mil pesetas mensuales a Cristina, yo calculé que con la inflación existente, en diez años representarían la mitad de su valor actual, pero tampoco me atrevía a modificar esa cantidad, porque pretendía hacer como si me hubiera olvidado del asunto, no quería ni de lejos humillar a Silvia “Subiéndole el sueldo”, así que opté por otra solución, y aquella misma tarde le dije: “Oye cariño, respecto a la niña, pienso que un padre debe ser responsable de su hija y obrar como tal”.

Me miró con cara de asombro: “¿Más aún?, si cuando está con nosotros le haces más caso que a mí”.

“Bueno porque es pequeñita, pero me refiero a que quiero pagarle el colegio y todos los gastos extraescolares, no te sepa mal que los domicilie en una cuenta mía”.

“Bueno, si eso te hace sentir más padre...”.

“Entonces acordado, y ya que estamos hay que arreglar otro tema, cuando compras algo para la casa o para algún viaje, he de ir contigo para pagar, te voy a pedir una tarjeta de crédito para que no dependas de mí, y úsala también para comprarle cosas a Estrella”.

Con aquello me quedaba más tranquilo porque el recibo de la hipoteca no variaba y su madre gastaba poco.

Pasaron doce años geniales. A medida que Estrella crecía, le iba enseñando a esquiar, a bucear, a patinar sobre hielo, y los viajes que hacíamos con ella eran cada vez más sofisticados.

Lo que el resto de las niñas veían en los libros o documentales, ella lo tocaba con las manos.

Realmente me sentía feliz, o casi, sólo tenía una pequeña sombra, el pensar hasta qué punto Silvia había llegado a quererme, o seguía representando el papel de amante, compañera y esposa para el que la había contratado.

Me daba cariño, ternura, amor, y era comprensiva con mis escasas debilidades.

Yo por mi parte la trataba como a una reina, y procuraba complacerla en todo aquello que sabía que le gustaba, lo cual resultaba fácil, porque no era una mujer caprichosa.

El problema es que nunca me atreví a preguntarle si se había llegado a enamorar de mí, o simplemente se sentía a gusto a mi lado.

Pensé que no tenía derecho a formular esa pregunta, que además resultaría cursi, cutre e indigna, además en el caso de que no sintiera amor, sino solo afecto y agradecimiento, que era lo más probable, la pondría en un compromiso y tal vez la estaría obligando a mentir para no entristecerme.

Me sentía como Gepetto, el artesano fabricante de juguetes que al no poder tener hijos había construido a Pinocho que, sin ser un hijo auténtico, le daba la felicidad necesaria para vivir.

A los diecisiete años, Estrella ya estaba cursando el bachillerato, en el mismo colegio privado de siempre. Era una institución de ideología más bien de derechas, anticuada y carca, evidentemente solo para chicas, y de las que obligan a llevar ese ridículo uniforme con faldita plisada.

Pero la enseñanza era muy buena, y creo que, en una joven, siempre es mucho más fácil equilibrarle unas ideas dinosáuricas, que un exceso de libertinaje.

Era una niña inteligente, que sabía comportarse como una dama cuando convenía y hacer locuras en el momento adecuado.

Sin que nadie se lo explicara en particular, llegó a saber por sí misma que yo no era su padre biológico, pero no por eso me quería menos, sino tal vez incluso, al contrario.

Fue entonces cuando nos llegaron noticias de que el padre biológico de Estrella andaba haciendo averiguaciones acerca de ella.

Cuando se lo advertimos, su respuesta fue cortante como el acero: “Tu deja que venga a verme ese hijoputa y verás que sorpresa se lleva”.

Ni su madre ni yo le soltamos el típico sermón de que pensara que al fin y al cabo era su padre, sangre de su sangre... Etc., Porque no lo sentíamos así en absoluto.

La directora del colegio era la persona más retrógrada y facha de aquella institución, la típica beata hipócrita de misa diaria, que en realidad se pasa los auténticos valores que Cristo enseñó, por el forro.

Por supuesto estaba en desacuerdo total de que yo hubiera reconocido a Estrella como hija sin estar casado por la iglesia con su madre, es decir, conviviendo en pecado.

No obstante, mantenía un prudente respeto, porque ese tipo de gente sobrevaloran a Don Dinero, y aunque nosotros nunca hacíamos ostentación, su olfato le hacía captar que nuestra posición económica era realmente privilegiada.

El antiguo novio de Silvia era un hombre astuto, con recursos y sin escrúpulos.

Soltero, juerguista y mujeriego, al pasar unos días por la antigua ciudad de sus correrías, se enteró casualmente, de que aquella novia que había

abandonado embarazada hace dieciocho años, ahora convivía con un hombre mayor y tenía una hija realmente preciosa.

Fue dando rodeos como una hiena sobre su presa, hasta que decidió que el punto débil para atacar era precisamente la directora del colegio.

Se presentó como el penitente arrepentido que hace años cometió un error de juventud, de cuyo resultado se acababa de enterar, y quería reparar su culpa.

Además, no le parecía bien que su hija viviera con una madre amancebada en pecado con un hombre mayor, que en realidad podría ser el abuelo de la niña.

Quería recuperar a su hija, y dado que Dios, en su sabiduría, había querido que se mantuviera soltero, casarse con la madre por la Iglesia, y fundar una familia cristiana y feliz, dando, porque no, la oportunidad a la niña de tener todos los hermanos que Dios quisiera enviar.

Además, se daba la circunstancia de que era el heredero de una familia de muy buena posición y podría proporcionar, tanto a la madre como a la hija, una vida acomodada.

Evidentemente, aquel canalla no tenía intención de hacer nada de todo aquello, lo único que quería era lograr un acceso válido hacia Estrella, porque sabía que abordarla por la calle, diciéndole: “Soy tu padre”, no daría buen resultado.

Aunque era un sinvergüenza, conocía muy bien el farisaico mundo de la derecha católica española, por tanto, le contó a la directora el cuento que a ella le gustaba oír.

Al comienzo de una clase, la directora pidió a Estrella que la acompañara, cuando andaban por el pasillo, le dijo: “Quiero presentarte a una persona”, la llevó a un aula apartada, que se encontraba vacía, allí esperaba aquel farsante, con una sonrisa de anuncio de dentífrico.

Sin otra explicación, Doña Úrsula se retiró, cerrando la puerta con la frase de: “Os dejo solos porque supongo que tendréis muchas cosas de que hablar”.

Estrella imaginó enseguida por donde iban los tiros, aunque le parecía increíble que la propia directora se hubiera prestado a aquel juego

Se quedó en pie, en mitad de la sala, mientras le decía en actitud desafiante: “Estoy perdiendo una clase, ¿Se puede saber de qué demonios hemos de hablar?”.

Aquel vividor, sin perder la sonrisa, se acercó, diciéndole con voz acaramelada: “Estrella, no me hables así, soy Francisco José De la ribera, tu padre”.

Perdió parte de su sonrisa cuando la chica en lugar de quedarse sorprendida y preguntar cómo era posible, o algo parecido, le soltó a bocajarro: “¡No digas imbecilidades, mi padre es Cesar Alonso, y no un tío como tú al que no conozco de nada!”.

“Bueno, eso tal vez es lo que te han explicado, pero posiblemente no sabes que tu madre y yo tuvimos un romance de juventud, se interrumpió porque yo tuve que regresar de improviso a mi ciudad por un problema familiar grave, y no me he enterado hasta ahora de tu existencia, pero piensa que soy tu verdadero padre, que eres sangre de mi sangre, y quiero hacer todo lo posible por recuperarte y que tengamos una vida en común”.

Estrella conocía la verdadera historia y sabía que, el problema familiar que había hecho huir a ese desgraciado, era el enterarse que su madre estaba embarazada, por eso su ira iba en aumento, sus siguientes palabras sonaron cortantes como cuchillos: “En el supuesto de que fuera verdad, aunque no me creo una sola palabra, no habrías tenido más mérito que el de un mono o un cerdo al procrear, para mí, eres tan padre como el farol de la esquina, mi padre es el que por las noches se levantaba al escuchar mi tos, el que me llevaba de la mano al circo, el que me bañaba y contaba cuentos al acostarme, el que se ha preocupado de mí estos años, tú no eres más que un mamarracho que, con el único mérito de haber echado un polvo, ahora quiere llevarse el premio gordo, un bomboncito de nena con la que presumir, y que no necesita cuidado alguno, sino que al contrario, puede cuidarlo en su vejez, así que no se te ocurra volver a cruzarte en mi camino”.

Para Francisco José, aquello era una verdadera declaración de guerra, como niño bien que era, no estaba acostumbrado a que las mujeres lo tratarán así, no había hecho el viaje y perdido varios días para que ahora le dieran el portazo, estaba furioso, sin pararse en más disimulos se acercó a la chica y agarrándola del brazo le dijo: “Escúchame mocosa, yo soy tu padre te guste o no, y si es necesario llevaré este asunto a los tribunales para hacer valer mis derechos”.

Ese fue su gran error, amenazar, convertirse en un peligro, si hubiera podido ver el odio que bullía en Estrella se hubiera asustado, y más porque ella sabía canalizarlo de una forma fría y eficiente.

Nadie le había dicho al pasmarote, que aquella belleza ya era cinturón negro de kárate, por tanto, le pilló completamente desprevenido que se soltara de un tirón seco, diera un paso atrás, y una de aquellas bonitas piernas restallara como un latigazo, haciendo impactar un botín de cuero en su cara.

Quedó anonadado, sentado de culo en el suelo, chorreando sangre, oyendo como una voz seca decía: “Esta por mi madre”.

Apenas dicha esta frase, la voz volvió a decir: “Y esta por mí, so cerdo”, mientras que la punta del botín golpeaba su ojo derecho.

El impacto le hizo dar con la cabeza en el suelo y quedar tendido semiinconsciente, eso no le permitió ver como Estrella deshacía su cabellera y rompía su blusa y sujetador.

Al salir al pasillo abordó a dos profesoras, asustadas al verla en tal estado.

La rabia y los nervios contenidos hicieron que las lágrimas afloraran naturalmente a sus ojos.

Con voz temblorosa les pidió que llamaran a la policía, que un desconocido había intentado abusar de ella en aquella sala y había tenido que defenderse.

Doña Úrsula se encontraba en la capilla, rezando su rosario diario, dedicado en esta ocasión al buen resultado de la paternidad de Estrella. Cuando quiso enterarse de lo sucedido, aquel imbécil iba camino de la comisaría y la chica del hospital.

En el hospital, Estrella no tuvo que disimular. Para una chica con una vida sin sobresaltos, el encuentro con aquel canalla había hecho saltar sus nervios y su llanto era auténtico.

Después de una breve revisión, los doctores le dieron un sedante y la dejaron dormir.

De una y otra ciudad partieron dos equipos de abogados, los defensores y los acusadores, unas auténticas fieras, tanto unos como otros, pero los míos partían con ventaja.

Por más que hubieran querido lavarlo, el historial de aquel energúmeno era el de un vividor, en que no faltaban, diversas acusaciones de mujeres, aunque luego el caso no hubiera tenido consecuencias.

Sin embargo, Estrella era una niña modelo, ni una pequeña gamberrada. A ello se unían las declaraciones de las profesoras y los médicos que la habían visto destrozada.

Efectivamente había causado lesiones al individuo, pero para defenderse de una agresión sexual, había utilizado el kárate como arma... Si, de la misma forma que cualquier otra chica hubiera utilizado una silla o una escoba en su defensa.

Cuando los abogados defensores comenzaron a ver el caso perdido, fue cuando Silvia, con toda su flema, declaró que no conocía de nada aquel individuo, y que el padre de su hija era un muchacho que murió en un accidente de moto, por eso era madre soltera.

Para su desgracia el Don Juan, en su día no quiso comprometerse y llevó el romance medio en secreto, por eso no había testigos ni fotos, ni prueba alguna de que hubiera ocurrido.

Un cuarentón, de dudosos antecedentes, se obsesiona con una menor inventa toda una historia, y engaña a una directora crédula para poder abusar de ella, afortunadamente la violación no puede consumarse porque el pederasta ignora que la chica practica kárate.

La historia les cuadraba a todos, policías, jueza de guardia, médicos, Etc.

Sus abogados le hablaron claro: “Escucha idiota, lo que sucediera de verdad ahora no importa, sino lo que parece que sucedió, estas de mierda hasta el cuello, vamos a intentar librarte de la cárcel, donde a los violadores lo primero que les pasa es que les dan por culo, pero aceptarás todo lo que pactemos sin rechistar, y lo cumplirás a rajatabla”.

Asintió como un autómata, realmente por primera vez en su vida estaba asustado.

Finalmente se pactaron tres años, con lo cual, al no tener antecedentes, sino cometía otro delito, no pisaría la cárcel, y una orden de alejamiento permanente respecto a la chica, la cual incluía la renuncia expresa a cualquier reclamación de paternidad.

Ya que estaban en la ciudad, a mis abogados no les costó demasiado que el consejo de administración del colegio cesara a la directora, a cambio no presentarían cargos contra la institución.

Como el curso estaba acabando, hicieron que Estrella avanzara sus vacaciones escolares llevándose bajo el brazo unas notas finales de sobresaliente sin necesidad de pasar el examen.

Cuando volvió al curso siguiente, se enteró de que su hazaña había corrido como la pólvora, y un aluvión de alumnas del colegio, de todas las edades, se había apuntado a su escuela de kárate, que precisamente atravesaba un mal momento.

Aquello parecía ahora una escuela femenina.

Eso hizo que más tarde se apuntaran también bastantes muchachos. Tuvieron que alquilar un local contiguo y contratar más profesores.

Nunca volvimos a tener noticias del tal Francisco José.

Al llegar a casa, en un momento de calma, hablé con mi hija del asunto: “Yo no te voy a recriminar nada de nada, pero me gustaría saber la verdad de lo que sucedió”.

La chica me lo explicó sin omitir ni una palabra, me quedé un momento pensativo y le contesté: “No te puedo reprochar lo que le hiciste a ese desgraciado, ni tampoco te voy a felicitar por ello, simplemente me pongo en tu lugar y te comprendo, ahora bien, he de reconocer la ventaja, de que con ello nos hemos librado de ese bicho para siempre”.

“Y encima no he tenido que hacer exámenes”.

“Eres una zorrilla, pero te lo paso porque todo el curso has sacado unas notas excelentes”.

Estrella tuvo un gesto extraño en una moza casi tan alta como yo, se sentó sobre mis piernas y me abrazó casi aplastándome contra el sofá, me dio un beso y me dijo: “No fue solo por la rabia, dije lo que pensaba, que tú eres mi verdadero padre y no lo cambiaría por nadie, te quiero mucho papá”.

A mi casi se me saltaron las lágrimas, en ese momento entró Silvia y se extrañó de vernos tan acaramelados.

Estrella la miró con una sonrisa picarona y le soltó: “Mira mamá, te estoy poniendo los cuernos con papá”.

“¿A sí?, so lagarta, pues os vais a enterar los dos”. Se abalanzó sobre nosotros cosiéndonos a pellizcos, nosotros se los devolvimos, al final acabamos la pelea, sudorosos pero felices.

Los años siguientes, fueron tranquilos y dichosos, con la pequeña excepción de que murió Herodes, aunque de puro viejo, lo envolvimos en una manta, lo enterramos en el jardín y plantamos un árbol encima, para que siempre nos lo recordara, pero ya no volvimos a tener otro perro, no queríamos que se repitiera el trance.

Estrella decidió hacer lo que su madre no había conseguido, cursó medicina, se especializó en pediatría y obtuvo un doctorado brillante.

Como el dinero bien utilizado, abre caminos que de otra forma permanecerían cerrados, no me costó hacerla entrar en un par de prestigiosas clínicas.

Cuando se consideró suficientemente formada, encargué un estudio de mercado, descubrimos un hueco importante en un área de la parte alta de Barcelona, el siguiente paso: Encontrar un dúplex muy amplio y soleado, donde montar su propia clínica, la decoramos y la dotamos con el instrumental más moderno, todo ello mediante un leasing, que con mi aval, el banco no tuvo inconveniente en aceptar. De esa forma el negocio pagaba la inversión que se deducía como gasto.

En el piso de arriba quedaba un pequeño apartamento con amplia terraza, que le podía servir de vivienda los días de diario, así para llegar al trabajo solo tenía que descender un piso.

Ya solo faltaban los clientes, encargué a unos buenos profesionales una campaña publicitaria adecuada.

Se miraron a la chica desde todos los ángulos, le pusieron, una bata, unas gafas ligeras, aunque no las necesitaba, sonrisas, fotos, unos preciosos bebés, alguna foto de la clínica, cuatro frases adecuadas, y envió de cartas personalizadas a todas las familias de la zona, con niños menores de doce años y a todas las mujeres embarazadas.

No tengo ni idea de donde consiguieron esos datos. Costó un dinero, pero el negocio arrancó de golpe. Tanto, que hubo que contratar rápidamente una enfermera y una recepcionista.

Cuando Estrella se consideró ya aposentada y con un negocio consolidado, se permitió el lujo de hacer algo de vida social, y ahí fue cuando la cagó.

Cuando nos presentó al novio, Silvia y yo pensamos lo mismo: Un sinvergüencilla, un vividor que la hará desgraciada, pero no se puede luchar contra el amor.

Si un hijo está ennegado con su pareja, el tratar de abrirle los ojos solo sirve para ponértelo en contra.

En un caso así hay que seguir la corriente y tomar medidas, preparar el airbag para que el inevitable porrazo sea menos duro.

Mi hija estaba realmente ilusionada, el chico eso sí, no tenía dinero y estaba buscando trabajo, pero quería casarse y fundar una familia.

Fue la primera vez que Estrella, clara y directamente me pidió ayuda. “Sin ningún problema pequeña mía, buscar el piso que más os guste, que esté a la venta claro, seleccionar los muebles, electrodomésticos, Etc., que del tema pasta me encargo yo”.

“Qué bueno eres papá”.

“Alto ahí, pero te voy a pedir una sola cosa a cambio”.

“Pide por esa boquita”.

“Que no tengas hijos en los primeros cuatro años, hasta que una pareja no está consolidada los hijos solo sirven para forzar la relación”.

“No te preocupes papá, yo ya lo tenía pensado”.

“Bien, pero quiero tu palabra de honor, sin excusas, tú eres doctora y para ti no resultará ningún problema”.

“Prometido palabra de honor”.

Y se pusieron a buscar con toda la ilusión.

Para ser un chico sin oficio ni beneficio, tenía gustos de rico, el ático que escogieron era majestuoso, con una vista sobre la ciudad impresionante.

Estoy seguro de que, si hubiera dependido solo de mi hija, la elección hubiera sido más modesta.

Un día reuní a la pareja, y les dije: “Ya está comprado y los muebles encargados, pero enteraros de que ahora las cosas no son tan fáciles como antes, Hacienda va detrás de todas las operaciones importantes, las donaciones, aunque sean a hijos, gravan impuestos, la fórmula más sencilla es que lo compre y lo amueble una sociedad mía, y os lo alquile con muebles, a precio de mercado con derecho a compra. Evidentemente

vosotros no pagaréis ni un solo alquiler, yo ya me encargaré de hacer los ingresos”.

El chico pareció un poco desencantado de no tener de entrada el piso a su nombre, pero le convencí fácilmente: “¿Qué dirías cuando Hacienda te preguntara que de donde has sacado esa millonada?, pensarían que traficas en drogas o algo parecido”.

Al día siguiente fueron al notario, acompañados de mi abogado, allí el muchacho planteó que como Estrella ya estaba pagando la clínica, era mejor que el alquiler fuera solo a su nombre, la boba de Estrella consintió y el abogado se desmarcó un minuto para hacerme una consulta rápida, mi respuesta fue tajante: “Si hombre, ponlo a su nombre, dale cuerda y el mismo se ahorcará, pero añade estos detalles que te voy a decir”.

En cuanto lo modificaron, el granuja firmó todo lo que le ponían por delante sin preocuparse de más.

La boda fue elegante pero no fastuosa, ceremonia ante el alcalde del pueblo vecino, y banquete en un restaurante rústico, cercano a nuestra masía.

El propietario me conocía hace muchos años, así que le hablé con claridad: “Este chico tiene aires de grandeza cuando pagan los demás, así que, si te pide alguna idiotez, como champagne francés, le dices que no lo tienes en la carta y listo”.

El viaje de novios no podía ser muy largo, porque la clínica estaba a pleno rendimiento, una semana en un Resort del Caribe, todo incluido, y listo.

Para Estrella, acostumbrada a los viajes que hacíamos, aquello era como tomarse un vermut con olivas, pero al zangarruzo le pareció alucinante.

Yo me había curado en salud con los cuatro años sin hijos, pero no duraron tanto, pasados los dos primeros años Estrella solicitó el divorcio.

No le faltaban motivos para ello, juerguista, mujeriego, derrochador, bebedor en demasía, jugador compulsivo, menos trabajar, hacía de todo.

Evidentemente mis abogados se encargaron del caso. El primer informe que me mandaron no era alentador: “Su abogado, no solo pide el piso, alegando que Estrella ya tiene un miniapartamento en la clínica, sino que además pide una paga de por vida, dado que él no tiene recursos económicos.

Finalmente, el acuerdo fue que se quedaba el piso, más una cantidad en metálico de pago único.

El rufián se frotaba las manos pensando en las juergazas que se correría allí, ahora que estaba solo.

Dos meses después, cuando todo estaba resuelto, Estrella pasaba el fin de semana en nuestra casa porque no tenía ánimos de salir con sus antiguas amistades.

Estábamos contemplando el atardecer en el sofá del porche, cuando se decidió a sacar el tema: “¿Tu ya lo sabías verdad papá?, por eso lo de los cuatro años sin hijos”.

“Y tu madre también lo sabía, ¿Pero que íbamos a hacer?, una mujer enamorada es tonta, ciega y sorda, además, casi siempre ocurre que las mejores caéis en garras de los más malotes, los sinvergüenzas, los listillos, e ignoráis a los buenos chicos que podrían haceros felices, ¿Qué cebo deben tener para poderos atraer?, como las mariposas nocturnas a la llama, saben que se quemarán, pero no pueden resistir la atracción”.

“Tienes razón papá, pero hay algo que me ha sorprendido, tú y tus abogados habéis dejado que se lleve el piso con todo el contenido y encima un dinerito, pensaba que ibais a ser más guerreros”.

“Pichoncita mía, aun tienes que aprender muchas cosas, el piso es un regalo envenenado y estoy esperando un par de meses a que se gaste en juergas esos cuatro duros que se ha llevado. La semana que viene atacamos”.

“¿Atacar?”.

“Si cariño, como se empeñó en poner el piso a su nombre, hice que le colocaran unas condiciones leoninas, que ni se molestó en mirar”.

“¿Cuáles?”.

“Un alquiler brutal, pero lógico ante el valor del piso, los muebles y la decoración. Un desahucio casi inmediato en caso de impago, y la posibilidad de embargar sus bienes para cobrar la deuda”.

“¿Pero tiene bienes?”.

“Una casita junto al mar en un pueblo de Andalucía, que heredó de sus padres, ¿No te lo había dicho?”.

“No, que cabrón, pero por un alquiler o dos no podrás embargarle”.

“Inocentorra, debe más de dos años de alquiler que, según contrato, tiene la obligación de ingresarle a la sociedad, sin otro requerimiento”.

“¿Pero eso no lo pagabas tú?”.

“Apenas ingresé el primer recibo para disimular”.

“Pero alegrará que la sociedad es tuya y que en realidad nos dejabas vivir gratis, y con el divorcio...”.

“Pero lo bueno, es que la sociedad no es mía, ni remotamente tiene nada que ver conmigo, aunque, como verás, hacen lo que yo quiero”.

“¿Cómo demonios consigues eso?”.

“Mis abogados lo llaman: Cadena de favores, acostumbra a organizarse entre gente con recursos que quiere hacer algo sin implicarse”.

“¿Y cómo funciona?”.

“Alguien a quien ni conozco hace algo por mí, yo hago algo por otra persona que no tiene nada que ver con el primero, y así sucesivamente, solo tenemos en común el despacho de abogados, que por su importancia tiene cientos o miles de clientes. Es como cuando tu ibas a Inglaterra quince días y a cambio nos comprometíamos a acoger una niña inglesa, aunque no fuera de la misma familia”.

“¡Que astutos!, ¿Y le vas a quitar la casa?”.

“¿Es que piensas que no se lo merece?”.

“Claro que se lo merece, lleva dos años sangrándome para golfear y dándome mala vida”.

Como aquel individuo no recogía las cartas certificadas, una mañana de resaca se encontró con que la policía judicial lo desahuciaba. Apenas le dejaron sacar un par de maletas de ropa porque todos los enseres pertenecían al piso.

Lo peor es cuando supo que su casa del pueblo salía a subasta.

Evidentemente nadie pudo o quiso prestarle el dinero necesario para recuperarla. Solo se presentaron un par de subasteros de los que adquieren las propiedades a la baja, y un abogado mío que les advirtió que tenía orden

de comprarla, pero que, si pujaban muy alto, en un momento dado se retiraría sin previo aviso.

Como zorros que eran, sabían cuando no tenían que intervenir.

El abogado se la quedó por una cifra que ni siquiera cubría los alquileres, con lo cual, si en algún momento el mozo se decidía a trabajar, le sería embargado parte del sueldo.

Días después trató de montar un escándalo en la clínica, pero no había dado más que un par de golpes en la puerta, cuando un par de guardias jurados, aparecidos de la nada, lo esposaron y avisaron a la policía.

Mas tarde intentó venir a liarla a la masía, pero el desgraciado ignoraba mis relaciones con la policía.

Cuando un agente murió en la zona, en un tiroteo con unos malhechores, me presenté el día que recogían fondos para ayudar en la educación de los huérfanos que dejaba.

Expliqué que me sentía implicado, porque el difunto había muerto defendiéndonos a todos los habitantes de aquella área, y deposité un cheque que causó bastante asombro.

Solo tuve que telefonar diciendo que el sinvergüenza de mi exyerno estaba gritando y golpeando la puerta, seguramente con la intención de entrar a agredir a mi hija, (Aunque llegado el caso yo sé que hubiera sucedido lo contrario).

Los dos vehículos policiales levantaban una polvareda tremenda mientras se acercaban por el camino de tierra. Nunca había visto a nadie correr de esa forma en aquel tramo.

El garrulo primero se quedó pasmado como quien ve un espejismo, cuando comprendió que venían por él, reaccionó y se metió en su coche para tratar de huir, pero ya estaba cercado.

De entrada, le cayó una sinfonía de palos, luego al registrar su coche encontraron una notable cantidad de droga y un arma ilegal. Fue acusado de agresión a la autoridad, posesión de armas, comercio de estupefacientes y no sé cuántas cosas más.

No fue acusado de ser el toro que mató a Paquirri, de casualidad. Juró que nada de eso era suyo, pero era la palabra de seis agentes contra la suya. Nunca más supimos de él.

Un año después, nuestra hija nos presentó otro novio, era totalmente diferente al anterior, como gato escaldado que era, Estrella dijo que de entrada vivirían juntos, sin casarse.

Un día en que charlábamos frente a la chimenea, le solté de sopetón: “¿A ver cuando me vas a dar un nieto?, que si tardas ya no tendré ánimos de llevarle al parque a ver los monos”.

Me miró con una sonrisa pícaro y me dijo: “Eso quiere decir que este sí que lo apruebas ¿Verdad?, pues ahora esperarás lo que a mí me dé la gana”.

La vida es para todo el mundo una continua carrera de obstáculos, (Las cosas malas que nos suceden), la diferencia entre una buena vida y una mala, solo es que en la buena, las vallas están mucho más separadas que en la mala, y da tiempo para disfrutar de los intervalos.

Hace poco llegó mi penúltima valla, en la revisión de un achaque. El especialista me dijo que vería las próximas Navidades, pero no las siguientes, consulté a otros dos y la opinión fue unánime. De momento lo he guardado solo para mí.

Llamé a Silvia y le dije: “La semana que viene ponte guapa que iremos a ver al alcalde”.

“¿Para qué?”.

“Para casarnos”.

“¿¡Casarnooooos!?, ¿A estas alturas?”.

“Por supuesto, no querrás que todo lo que tenemos se lo quede Hacienda”.

“¿Qué pasa algo?”.

“Pasa que me estoy haciendo viejo y nadie dura mil años”.

“Como quieras, pero nada de ceremonias, me sentiría ridícula después de treinta años juntos”.

“Como gustes, se lo diremos a la niña y listo”.

Con el certificado de matrimonio bajo el brazo, fuimos al notario, le di poderes plenos sobre todos mis bienes y firma en todas mis cuentas bancarias.

Mas adelante programé los tres últimos viajes, Silvia se asombró de que no le consultara el destino, pero no protestó.

Fuimos a la república de las Islas Caimán, a Suiza y al principado de Liechtenstein, casualmente tres paraísos fiscales.

Una vez allí, además de hacer turismo, le di plena disposición de todas mis cuentas cifradas y valores de todo tipo.

Efectivamente, he podido celebrar estas navidades con mi familia, pero poco después mi salud se ha deteriorado tan deprisa que he tenido que ser ingresado en un hospital, del que ya no saldré, al menos vivo.

Estrella ha puesto una sustituta en su clínica, y ella y su madre se turnan para que en ningún momento permanezca solo.

En uno de los momentos en que estábamos solos Silvia y yo, me dijo con una sonrisa muy dulce: “Te voy a explicar un secreto que he guardado para mí todos estos años”.

“¿Y me lo explicas ahora?”.

“Si, ahora es el momento, porque te has casado conmigo, nos has nombrado herederas a la niña y a mí, y en definitiva me has dado todo lo que tienes”.

“Quien sabe, tal vez aún estoy a tiempo de desheredarte si el secreto no me gusta”.

“Calla bobo, lo que nunca te he dicho es que hace mucho, mucho, que te quiero con toda el alma, que estoy totalmente enamorada de ti”.

“¿Y porque no me lo habías dicho antes?”.

“Primera, porque no quería que pensaras que lo hacía por interés, por eso he esperado a tenerlo todo, para que no hubiera dudas y, en segundo lugar, porque tú nunca me lo has preguntado”.

“Bueno es que no me atrevía, no quería tener que ponerte en el compromiso de mentirme o desairarme”.

Callamos un rato y al final le dije: “Sin embargo tu sí que sabías que estaba enamorado de ti ¿Verdad?”.

“Casi desde el principio, sé que me quieres con locura, por eso yo no he tenido necesidad de preguntártelo”.

“Es que las mujeres sois más listas”.

“Para según qué cosas, el lío de las cuentas cifradas me lo tuviste que repetir tres veces”.

“Es verdad, las finanzas no son lo tuyo, así que fíate de ese gabinete de abogados que, aunque se han ido renovando siempre han sido eficientes y leales”.

“Como tu digas mi amor”.

Al final el cuento de Pinocho se ha cumplido al completo conmigo, al no tener amor me construí artificialmente uno para mí, que ha resultado ser el auténtico.

Es curioso que la única mujer que me ha querido de verdad ha sido la puta a la que he pagado durante tanto tiempo.

A pesar de que los sedantes no me permiten percibir el dolor, noto que me voy apagando, pero curiosamente me siento feliz, como el niño que ha encontrado la última pieza de un maravilloso puzle.

Silvia me ha preguntado el porqué de esa sonrisa, y le he dicho: “Pues estaba pensando que después de todos estos años contigo, que me quiten lo bailado”.

Ella también se ha reído.

Estrella ha llegado en este momento y se ha sorprendido de vernos tan alegres, sin preguntar nada me ha dado un beso y se ha acurrucado a mi lado.

Si es verdad que en último momento viene un ángel a llevarnos, le he dirigido un pensamiento: “Ahora ya puedes venir, ya no me falta nada por hacer”.

Imagino que debe ser el efecto de las drogas que me dan porque tengo la impresión de que hay una forma de luz delante mío.

FIN...